

56
05295
0.12

Brecha

AÑO 3 -- ARTES -- SETIEMBRE DE 1958 -- LETRAS -- Nº 1

Secretario del Consejo de Redacción: **Arturo Echeverría Loría** — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: **BRECHA Ltda.** — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—*Rubén Darío* — Precio: ₡ 1.25

Tradiciones costarricenses

Centenario de don Máximo Fernández

Por Gonzalo Chacón Trejos

Ahora que nos aprestamos para celebrar dignamente el centenario del nacimiento de don Cleto González Víquez y de don Ricardo Jiménez Oreamuno, es justo dedicar un recuerdo muy merecido al gran ciudadano y esclarecido patriota que fue don Máximo Fernández cuyo centenario cae también en este año.

Vivo está aún en la memoria de muchos el estupendo espectáculo que ofreció a principios de este siglo las inmensas y entusiastas ovaciones políticas que el viejo Partido Republicano (al que por lo numeroso los fernandistas llamaban alegremente Gran Partidazo Republicanazo) dedicó a su jefe y candidato don Máximo Fernández. Muchos de aquellos hombres y mujeres se alistaron radiantemente en las filas fernandistas para servir una causa que esti-



maban justa y patriótica, y pusieron su entusiasmo en aquellas luchas cívicas, han muerto; de muchos que entonces jugaron papel importante queda hoy apenas un vago recuerdo, cuya memoria

evocamos con la melancolía de la visión lejana de aquel derroche de espléndidas gallardías juveniles, que encartieron en ardor cívico miles de generosos corazones, hoy

polvo y ceniza en la oscuridad de la tumba.

Hace muchos años se desvaneció el estruendo de las cabalgatas fernandistas, el flamear airoso de banderas y pendones, los sones alegres de los clarines, el inmenso clamor de los ¡viva Máximo Fernández! ¡viva el Gran Partidazo Republicanazo! Se apagaron los vivos fulgores de antorchas y faroles multicolores en las serenatas y desfiles nocturnos; se marchitaron las frescas rosas que lindas fernandistas ofrecieron a su candidato con la más adorable de sus sonrisas; yacen, inertes, las manos que a millares arrebatában las hojas sueltas de propaganda política, muchas de las cuales pueden verse, amarillentas y muertas, en la Biblioteca Nacional.

De aquellos entusiasmos, de aquel estrépito polémico y al-

A nuestros suscritores:

En todas partes suben los precios, especialmente en las imprentas.

Con pena tenemos que anunciar que de este número en adelante, BRECHA cuesta un colón veinticinco (₡ 1.25).

garabía patriótica ¿qué queda? Queda sin duda alguna la certeza bien clara del amor del costarricense a los gobiernos de orden, de ley, de derecho, por los cuales luchó y sufrió el gran costarricense que fue don Máximo Fernández; porque fue él quien con mayor tesón y empeño aleccionó a sus numerosos partidarios inculcando en sus mentes la conveniencia de establecer gobiernos legales mediante elecciones populares libres y limpias. Sin embargo, los tímidos, los conservadores, desconfiando de novedades y cambios, repudiaban el fernandismo como patriotería peligrosa y vociferante demagogia. Pero sucedió que don Cleto, primero, y don Ricardo después, pusieron en práctica, desde el Gobierno, los ideales y programas políticos de los fernandistas; don Cleto y don Ricardo aprovecharon y se beneficiaron de la actitud favorable y comprensiva de los fernandistas cuyo jefe fue el más eficaz y benéfico maestro que tuvo el pueblo costarricense para llegar, a través de enconadas campañas, a la madurez y cultura cívicas, que hicieron posible el establecimiento de gobiernos de derecho, en los que el gobernante está sujeto estrictamente a las leyes. En este sentido la influencia de la obra política de don Máximo Fernández tuvo decisiva trascendencia, fue de inmenso bien público.

En el primer gobierno de don Cleto, por insinuación de don Máximo, los fernandistas lograron la abolición del cruel y vergonzoso castigo del palo aplicado a los adversarios políticos por gobiernos de cuartel, palo y esbirros. En la celebrada conchería de nuestro inmortal Aquileo Echeverría titulada **La Firmita** están pintadas a lo vivo las persecuciones y la práctica odiosa y repugnante del palo en los cuarteles aplicados a ingenuos campesinos; no cabe duda de que Masimino y su pintoresco interlocutor en **La Firmita** fueron republicanos y fernandistas.

Culto, ilustrado, afable y atrayente, don Máximo fue el ídolo de miles de partidarios a los cuales nunca, en forma

alguna, incitó a la violencia, ni aconsejó ni propugnó revoluciones ni reivindicaciones de sus derechos conculcados, por medios violentos. Como el ilustre costarricense don Alberto Echandi, también don Máximo afirmaba que la presidencia de la República no valía la sangre ni mucho menos la vida del último de sus conciudadanos.

Nació don Máximo en Desamparados el 18 de noviembre de 1858, hijo del matrimonio de don José Francisco Fernández Quesada y doña Juana Alvarado Madrigal, de costumbres ejemplares y modesto caudal. De catorce años va a la Universidad cuya hoja de matrícula dice: "Nº 41. El joven Máximo Fernández se ha matriculado para estudiar latín en el presente año. San José Enero 9 de 1873. Rafael Chacón, Secretario de la Universidad de Costa Rica". Allí se distingue por su aplicación y talento y gana la Medalla de Honor al Mérito que recibe de manos del Rector doctor José María Castro, ex-Presidente de la República. Se graduó de abogado el 26 de diciembre de 1881. De 1882 a 1887 trabajó en la revisión de los Códigos Civil, de Procedimientos Civiles y la Ley Orgánica de Tribunales. Redactó "El Foro", órgano del Colegio de Abogados y fue redactor de "El Preludio", "El Derecho" y "La Prensa Libre". Cuando oyó decir que un suramericano ilustre afirmaba que en Costa Rica no había poetas y sólo producía café, emprendió la recopilación, que publicó por su cuenta, de la primera antología poética, **Lira Costarricense**, obra que es hoy de inapreciable valor para el estudio de la literatura nacional. En 1886 es Diputado Secretario del Congreso y en 1888 Secretario de Estado. En otros años fue Diputado y Presidente del Congreso. En 1910 hizo, en Londres, como Agente Financiero de Costa Rica, el arreglo de la deuda inglesa, tan ventajoso y hábil que el Presidente don Ricardo Jiménez dijo: "Si los esfuerzos de mi administración se redujeran únicamente a hacer ese arreglo, podré retirarme tan tranquilo creyendo haber cumplido con lujo mi misión

de mandatario".

En memorable ocasión, cuando don Máximo infligió a sus adversarios colosal y aplastante derrota con la elección de don Ricardo Jiménez en 1910, aquéllos, exasperados, rabiosos por su fracaso, con picardía calumniosa acusaron a don Máximo de traficante político que negociaba sus partidarios y vendía su partido, lo defendió don Ricardo con estas elocuentes palabras: "Vosotros, los republicanos, no sois un bando personalista sino de ideas; sacrificáis vuestros sentimientos en aras del patriotismo. Vuestro jefe (don Máximo) os ha facilitado la tarea; con olvido de su persona, sin precedente entre otros, ha sido el primero en recomendar el paso que habéis dado. Generalmente los acuerdos de este género se hacen mediante una contratación en toda regla; se presta apoyo pero se exige recompensa. El señor Fernández no ha pretendido ni ha recibido promesas de ninguna clase; el tiempo lo demostrará plenamente; pero con el mismo gesto de desprendimiento con que ha apartado la posibilidad de la presidencia en el próximo periodo, ha colocado sobre sus sienes la corona inmarcesible del laurel cívico".

Cuando Máximo Fernández, apenas salido de la adolescencia, abrió los ojos a las realidades circundantes, el panorama político era sombrío: dictadura en Costa Rica, dictaduras en el resto de Centro América, cuartelazos y revoluciones a menudo, abundancia de machetonés con entorchados, ridículos y sanguinarios; plétora de politicastros venales y desvergonzados. No tenía, ciertamente, la dictadura del general Tomás Guardia en Costa Rica, el sello en extremo odioso y sangriento de otras dictaduras americanas pues Guardia abolió la pena de muerte e impulsó obras de aliento y progreso; pero, en el joven estudiante de leyes, despertó, por amor y orgullo patriótico, el anhelo ferviente de luchar contra las dictaduras y por el restablecimiento en Costa Rica de gobiernos de ley, estrictamente jurídicos, salidos de la soberana voluntad popular, gobiernos del

pueblo, por el pueblo y para el pueblo, según la inmortal fórmula de Lincoln.

A consecuencia de sus empeños en favor de la legalidad y la democracia, don Máximo fue desterrado tres veces, la primera en 1879 por Guardia, la segunda en 1898 por don Rafael Yglesias y la tercera en 1906 por don Ascensión Esquivel.

Detengámonos aquí y dediquemos un pensamiento pleno de emocionada gratitud a todos aquellos buenos costarricenses que desde sus tumbas nos recuerdan que se esforzaron por legar a la posteridad la patria ennoblecida, purificada; pequeña, sí, pero gloriosa y bella con su radiante diadema de paz y libertad, ejemplo al mundo.

De su primer destierro dejó don Máximo un diario titulado "Apuntes de viaje, para que los lea mi familia solamente. 1879. A mi adorada madre". En esos apuntes, a la temprana edad de veinte años, está ya en evidencia la personalidad sana, vigorosa, idealista y práctica a un tiempo, del futuro luchador por el mejoramiento de las instituciones políticas y sociales de Costa Rica; con perfiles claros y definidos aparece en cierne el campeón del derecho, la ley, y la democracia que predicó a sus miles de fanáticos partidarios la buena doctrina cívica durante cuarenta años de su fecunda vida.

Lamentamos no transcribir íntegros esos **Apuntes de Viaje**; son páginas de mocedad con abundantes observaciones interesantes escritas con galanura reveladora de talento y cultura y esa vehemencia y dulce sentimiento de los años juveniles que no vuelven nunca.

Comienza esos apuntes relatando cómo el 5 de julio de 1879 fue apresado por orden del dictador Guardia quien, gozándole un artículo publicado en "El Preludio" en que censuraba actos ilegales del gobierno, dispuso que lo desterraran a la isla del Coco. A las seis de la tarde lo encerraron en un calabozo y a las doce de la noche, como cuadra

a un régimen dictatorial, lo obligaron a salir montado en malísima cabalgadura y peores arreos camino del destierro. Tenía fogosos veinte años de edad y desde ese momento encendió en su corazón y en su mente odio eterno a los regímenes dictatoriales; se juró a sí mismo luchar por librar a Costa Rica de gobiernos de fuerza y establecer en su lugar gobiernos de derecho en los cuales los gobernantes están sometidos y obligados por los mandatos de las leyes. Había comenzado, para Máximo Fernández, la lucha y calvario por la salud de las instituciones políticas de Costa Rica, lucha que duró casi tanto como su vida.

Al llegar al río Barranca se fugó y tras mil penalidades logró llegar a Puntarenas donde lo ocultaron y ayudaron amigos suyos y enemigos del dictador para que embarcara hacia Golfo Dulce y Chiriquí adonde llegó el 21 de julio. En la hacienda Hato de San Juan, en Los Remedios, vio bailar el tamborito del que hace amena y vivaz descripción. El jueves 24 de julio es-

taba en David adonde llegó tras penosísima caminata por lodazales bajo furiosos aguaceros. De camino, en el lugar llamado El Mangote, vio al doctor don Jesús Jiménez (padre de don Ricardo que en 1870 fue derrocado por el cuartelazo de Guardia) que iba para Costa Rica. En el cementerio de David, lugar en triste abandono, con matorrales que le daban a la cintura, vio la tumba del heroico Valle Riestra. Escribe en su diario: "Allí, en medio de matorrales, se encuentran, en una bóveda, las cenizas del ilustre caballero Don Antonio Valle-Riestra: fue costarricense de corazón, amó a Costa Rica más que todos mis compatriotas juntos y, malaventurado, murió en el ostracismo. Sea su memoria eterna y descansen en paz sus restos".

Atormentado por el recuerdo de la madre a la que adora sobre todas las cosas así como a su padre, hermanos y hermanas, entristecido por la ausencia, el destierro y las terribles incomodidades del viaje por mar y tierra llega a Panamá el 15 de agosto y se aloja en la casa de huéspedes

de la señora Chiche Remón. Recibe cartas de su familia y de su entrañable amigo don Pedro Pérez Zeledón. Ve alejarse el vapor Honduras que lleva a don Francisco Echeverría con sus hijos Quito y Emilio. Escribe: "Cada costarricense que pasa para mi patria me deja un deseo más y una esperanza menos, una alegría menos y un dolor más". Se sorprende e indigna ante los desórdenes sociales y políticos que observa en la lejana provincia de Colombia y escribe: "Los chiricanos y algunos panameños residentes en David me han confesado que allí el que quiere justicia debe hacérsela por sí mismo; que allí no se persigue a los criminales; que se compran los jueces y que con muy poco dinero queda libre el que ha matado a otro". Agrega estas reflexiones: "Indudablemente son los Gobiernos los que tienen mucha culpa por la inmoralidad de los pueblos. Si los Gobiernos tuvieran el cuidado de encomendar las funciones públicas a personas honradas, el principio de autoridad no se desprestigiaría y se mantendría incólume el

respeto debido al honor de la sociedad. Es una triste verdad pero una gran verdad que adondequiera que el sable sea la divisa de la autoridad la tiranía surge como consecuencia precisa. En aquel país en que se tiene por poco la administración de justicia, todo marchará mal, porque la buena administración de justicia es el fundamento de la familia, el firme apoyo de la sociedad". En el Hotel de David, donde está hospedado, con fecha 8 de agosto anota en su diario: "De lo que me ha llamado la atención sólo me resta hablar de la desvergüenza con que se juega en las elecciones. He tenido ocasión de ver éstas muy de cerca. Sin ningún escrúpulo dicen estos ciudadanos: "yo no pude echar en la urna más que treinta, cuarenta, etc. boletas". En la elección de diputados que presencié votarían unos treinta electores y resultaron, computados, trescientos y tantos votos. Infames! eso es jugar con el honor, con la integridad! En resumen, todo, absolutamente todo, anda mal".

Educado en una familia ho-

Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento Especializado

OFRECE:

Nuevo Diccionario MEDICO Larousse

Para conocer y conocerse:

El "NUEVO DICCIONARIO MEDICO LAROUSSE" refleja exactamente el estado actual de la ciencia médica; reúne en artículos separados de fácil consulta una enorme suma de conocimientos de anatomía, patología, terapéutica, cirugía, psiquiatría, medicina social, obstetricia, anestesia, endocrinología, dietética, toxicología, etc.

Expone detalladamente para el público culto los más recientes progresos.

Su novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas permite adquirir un conocimiento sólido de la ubicación y relaciones de nuestros órganos.

Profusamente ilustrado con fotografías fieles y explícitas, y aclarado por figuras demostrativas, constituye un inapreciable instrumento de cultura que, con la misma exactitud, pero sin el tedio y la aridez de los textos especializados, permite saber bien y de inmediato todo cuanto se refiere al funcionamiento de los órganos y la salud del cuerpo humano.

norabilísima, el joven desterrado observa las costumbres en la remota provincia colombiana y escribe escandalizado y dolido: "Se verifican pocos matrimonios; esto basta para dar a conocer el grado de moralidad de este pueblo. Casi todos los hombres están amancebados; ni el menor escrúpulo se les da que uno observe una conducta torcida. Pasma el saber que no hay ni una escuela pública para niños, adonde hay tantos; pobrecitos seres infelices condenados a vivir en la ignorancia".

Copiamos la bella página que, cediendo al imperioso deseo de expresar sus ensueños y emociones, escribió en las Bóvedas de Panamá el 25 de agosto de 1879. Dice este bello poema en prosa, digno de la antología:

"SOMBRAS

A mi hermanita Ignacia.

Aquí estoy bien.

Ese espacio, infinito como mi duelo, es buen escenario para mi espíritu que necesita dilatarse...

El mar está sereno.

Mi vista se pierde en la inmensidad.

De un lado queda la ciudad con sus torres y sus ruinas.

Del otro lado está el mar, bello y tranquilo como la mirada de la inocencia. Las olas vienen sobre la tersa superficie a estrellarse silenciosas a los pies de esta muralla. A mis espaldas se extiende una azulada cordillera que va en descenso hasta sepultarse en las aguas y en las nieblas. Frente a mí hay unos islotes como piedras arrojadas al azar desde la inmensidad del cielo o abortados del fondo del océano.

Bello está el mar. Por el Levante lo limita el horizonte que forma sobre él un inmenso disco; es un ósculo eterno que se dan el cielo y el mar.

Los barquichuelos, con sus blancas velas, cortan ligeras la azulada superficie; parecen una bandada de aves marinas

que regresan a sus moradas.

El crepúsculo de la tarde, triste como mis recuerdos, melancólico como el corazón del proscrito, recogió los últimos adioses del día y, con ellos, va a expirar en las tinieblas de la noche.

Allá lejos desfilan las nubes como gigantescos fantasmas precursores de las sombras.

Bello está el cielo.

Los colores de ópalo y grana se ostentan al Occidente formando contraste con las pardas nubes.

El espectáculo es grandioso: el sol lanza sus ya débiles rayos.

Allá, tras de aquella ciudad y aquellos montes, lejos, muy lejos, queda mi Patria amada...

Allá, en la dirección en que el cielo se junta con el mar, está el camino que siguen las embarcaciones para doblar la bahía y seguir por el Septentrión para ir a aquella tierra adonde tengo mi hogar y mis afectos...

Ah! fiero dolor! tengo que conformarme con derramar lágrimas y pasear hacia allí la lánguida mirada...

Mi alma se eleva en aspiración sublime y parece revolar solicita alrededor de aquel lugar de mis encantos..."

Por cartas de familiares y amigos supo que el dictador Guardia expidió un decreto de amnistía el 15 de setiembre y el jueves dos de octubre desembarcó en Puntarenas. Termina su interesante diario de viaje con estas palabras: "He pasado muchos disgustos en la embarcación a causa del mareo. Sigo hoy mismo para San José. Por fin, madre adorada, te abrazo. Hermanos queridos, salud!"

En la tradición veraz está la conciencia íntima, las verdades familiares, ora agradables, ora trágicas, el alma desnuda de hombres y pueblos, en confidencias discretas y verdaderas. Recojemos, pues, de la tradición que es quizá la forma más agradable de hacer conciencia histórica, un poco más de lo que dice acerca del gran costarricense que fue don Máximo Fernández. Con reverente emoción evocamos al hombre honrado, laborioso, ilustrado y noble que fue entusiasta agricultor pues se inclinó hacia la tierra fecunda, con dedicación y amor, para cosechar sus frutos, tonificarse los nervios y refrescar el espíritu en la serenidad encantadora de los campos cultivados. De sus haciendas fue especialmente famosa La Bijagua por la calidad y cantidad de las cosechas de café, los magníficos ejemplares de ganado vacuno y por la belleza exhuberante de setos y jardines. Fue en La Bijagua don-

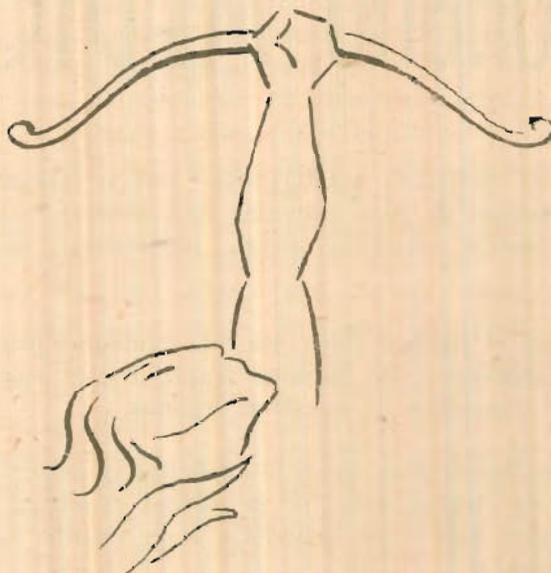
de plantó los primeros bosques que hubo en Costa Rica del útil, bello y productivo árbol llamado aliso (*Alnus Jurullensis*) que aquí llamamos jaul. Cuando contemplamos los lindos bosques de jaulles que elevan al cielo sus rientes y airosas copas en las partes altas de nuestra Meseta Central nos viene a la mente el nombre de quien importó, sembró y propagó los primeros ejemplares de jaulles, testigos perennes del espíritu civilizador y progresista de don Máximo Fernández.

Desde 1917 comenzó a alejarse de actividades políticas por tres razones. Primera: su querido Partido Republicano que estaba en el poder con el Benemérito reformador, Presidente don Alfredo González Flores, fue derribado el 27 de enero de 1917 por la traición de su desleal partidario Federico Tinoco que asaltó el poder amparado en su honorable posición de ministro de guerra. Segunda: su salud comenzó a declinar debido a la edad, los desengaños y sinsabores. Tercera: su apacible hogar, modelo de virtudes, dechado de felicidad y armonía, sufrió la terrible aflicción de ver morir al querido y mimado hijo menor a quien llamaban cariñosamente Quinito, muchacho alegre, inteligente y simpático que perdió la vida en sangrienta tragedia de amor y dolor; ese horrible golpe del destino acabó de aniquilar su vigoroso espíritu. Agobiado por la enfermedad y la tristeza, consolado por el cálido amor de su abnegada esposa y amorosos hijos, murió don Máximo Fernández el 10 de febrero de 1933.

En el centenario de su nacimiento, considerando su vida fecunda, sus patrióticos empeños, su encendido amor a Costa Rica, cuando gracias en gran parte a sus luchas, enseñanzas y alto ejemplo nuestra Patria es una democracia ejemplar, como él la anhelara, sobre su sepulcro reverdece, fresca y lozana, la inmarcesible corona de laurel cívico.

Tres Ríos,

Agosto de 1958.



trascibe:

“Por verdad más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres más en cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino te ha dado la vida”; y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y arapado la cara, y con vino luego sanaba. “Yo te digo (dijo) que si hombre en el mundo ha de ser bien afortunado con vino, que serás tú”.

Las veces que aparece en el primer capítulo el motivo del vino son otros tantos jalones que estaba poniendo el hábil escritor de la novela para unir las partes hasta el remate final. Este lo nota muy bien Bataillon al decir: “Aquí es donde Lázaro, con falsa ingenuidad, alaba el espíritu de profecía del ciego haciendo alusión al capítulo final en el cual el héroe se transforma en pregonero público que anuncia entre otras cosas los vinos por vender, y se casa con la sirvienta del arcipreste de S. Salvador, con quien ha trabado relación al pregonarle sus vinos. Así se hace feliz por el vino, si es que puede llamarse felicidad conyugal a su indiferencia por los malintencionados rumores que circulan sobre la situación equívoca de su mujer entre el arcipreste y él”. Dice que los españoles de entonces gustaban mucho de esta clase de chascarrillos consistentes en predicciones enigmáticas probadas por los acontecimientos. Lope de Vega y los de su escuela usaban este recurso como condimento de la intriga, y no era raro que a tal artificio recurriera el autor del *Lazarillo*. “Pero —agrega— si estos enlaces entre episodios son exteriores y dibujan una caricatura de destino más que un destino auténtico, queda claro por otra parte que el genial cuentista anónimo ha dado a su héroe, a través de la diversidad de sus aventuras, una figura constante”. Observación muy acertada, porque el mozo de ciego que aprendió a ser *Lazarillo* con su primer amo continúa siéndolo en toda su adolescencia. No hay para qué decir que todas las mañas aprendidas

Otros puntos de vista de Bataillon sobre El Lazarillo

II

Por Arturo Agüero Chaves

Ya se vio en el artículo anterior la inclinación de Marcel Bataillon hacia Fray Juan de Ortega como autor de la célebre novelita, atribución que sería mucho “menos inverosímil que la hipótesis de un autor erasmista”, como declara el distinguido comentarista francés, quien a pesar de sentirse cada vez más atraído por tal atribución, no pretende insistir en ella. Tampoco nosotros queremos tomar partido en el asunto, pero nos parecen buenas las razones en que se apoya el fino investigador de las letras hispánicas.

Otra interesante apreciación acerca del sentido de la obra es lo que dijo el conferenciante al principio no más: “Es el *Lazarillo* a la vez límpido y misterioso. A primera vista, España misma se refleja en la obra. Lázaro, el ciego, el clérigo avaro de Maqueda, el escudero famélico, el buldero, incluso los mismos personajes episódicos nos parecen trasplantados de la realidad al libro. Un examen mejor informado hace resaltar la parte de la literatura. En cuanto se supera la ingenua ilusión realista, se reconoce que la pareja del ciego y su mozo tiene una tradición literaria en la edad media occidental. Es más, sus peleas parecen haberse vuelto materia folklórica”. Comprobado esto con el dibujo del iluminador del siglo XIV, que por mero capricho pintó al margen de un manuscrito de las Decretales al ciego y al mozo, éste con tijera en mano, en actitud de sangrar el saco, y en otro dibujo al muchacho con la paja sorbiendo el vino de su amo. Y asimismo la superchería del buldero, que fue asun-

to en el siglo XV de una novela de Masuccio de Salerno. El autor del *Lazarillo* toma los materiales de la tradición, pero, ¿cómo los aprovecha? He aquí lo más importante desde el punto de vista estrictamente artístico. En esto se basa en primer término Bataillon para juzgar el valor de la obra: “Pero en nuestra novela realista, la contribución máxima de la literatura reside, como es obvio, en la intervención del narrador español. Transfigura éste los elementos que toma prestados integrándolos en su creación, se identifica con el más humilde de sus personajes, comenta sus aventuras con una mezcla inimitable de sencillez y de ironía. Su tono natural suena muchas veces a voz personalísima e intencionada. Este autor que no dice su nombre nos obliga a preguntarnos qué clase de hombre es y qué miras tiene”.

De aquí, como ya se vio, comienza Bataillon a penetrar en la espesa bruma del anonimato, no solamente para insinuar la posibilidad de ser Fray Juan de Ortega el autor, sino para calar en el sentido de la propia obra y comprobar su siguiente declaración: “Por eso, en lo que primero parecía puro reflejo de la realidad, descubre más el lector moderno, bajo inocentes apariencias, una sátira tremenda. El anonimato se explica entonces como máscara del atrevimiento”.

En cuanto a lo que más debe interesar, el valor artístico de la novela, Bataillon parte de la frase acertadísima escrita por el P. Sigüenza: el haber mostrado Fray Juan —autor

del *Lazarillo* según Sigüenza— “el decoro de las personas”, o sea el mantener con cuidado la coherencia de los caracteres, a lo que añade Bataillon “lo feliz del artificio autobiográfico, primor de importancia decisiva, si bien Sigüenza no lo podía prever, para el porvenir de la novela moderna”. En este arte de caracterizar a los personajes de la obra se detiene Bataillon, sobre todo en darle a Lázaro “un carácter y un destino”. Es característica sobresaliente de la novela el modo humorístico de relacionar el autor los episodios, como entre la escena del poste con que termina la convivencia de Lázaro con el ciego, final de este primer capítulo, y la escena de la calabazada contra el animal de piedra con que despertó el muchacho “de la simpleza en que como niño dormido estaba”. Esta manera de relacionar los episodios es posible solamente en un verdadero artista.

Pero como éste se hallan otros ejemplos de habilidad artística en la novelita. Oigamos a Bataillon: “El mismo propósito de ensamblar un todo aparece en lo que se podría llamar el motivo del vino. Cuando el ciego, al descubrir cómo Lázaro bebe el vino, le rompe el jarro en la cabeza, con vino le lava las heridas que le ha hecho, diciéndole: “¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud”. Después de la riña de la longaniza, el vino sirve otra vez para lavar la cara y la garganta del muchacho, con el acompañamiento de las pullas del ciego”. Y el comentarista lo

A los nueve lustros de la muerte de Lisímaco Chavarría

Por Carlomagno Araya

En conversación telefónica con Arturo Echeverría, director de BRECHA, me sugirió escribir sobre mi conterráneo Lisímaco. Al cumplirse cuarenta y cinco años de la muerte del poeta, me pareció oportuno hacerlo, repitiendo que Lisímaco nació en la ciudad de San Ramón el 10 de mayo de 1878 y falleció en ese mismo lugar el 27 de agosto de 1913. Era hijo legítimo de don Eduardo Chavarría y de doña Teresa Palma. En la casa propiedad de sus padres, situada por los alrededores del cementerio ramonense,

pasó la infancia y la adolescencia quien más tarde iba a ser cantor de nuestras "pastoras", de nuestras "reinas de la noche" y especialmente de nuestras "guarías" —la flor nacional de Costa Rica— las

cuales ponen penachos de amatista sobre las tapias y los pretiles de los hogares antañones de este pueblo que crec en la Virgen de los Angeles y no duda de la existencia de Juan Santamaría...

**"Moradas cual la túnica de Cristo,
columpiando sus pétalos de seda,
en mis bosques nativos las he visto
donde el sinsonte al manantial remeda".**

**"La más preciada flor costarricense
que florece en tejados y pretiles,
parece un alma que en la tarde sueña
con el paje floral de los abriles".**

no por lo que otro cualquiera llamaría su deshonor".

Agrega el comentarista que en el humorismo del autorretrato se obtiene la certeza de que el autor anónimo se identifica tanto con Lázaro como con el escudero, lo mismo que Cervantes no se identifica más con Sancho que con D. Quijote. "Nada impide adivinar —declara—, tras las caricaturas del ultrahonor y del antihonor, la sonrisa de un escritor que profesa sobre el honor una opinión ortodoxa. Pero el vigoroso moralismo español queda aquí sobrio, escondido. Basta que sean primorosos los retratos para que sugieran todo un universo moral, como pueden evocar a toda una sociedad. Sabido es que Morel-Fatio ha tomado también al Quijote como pintura de la sociedad española del siglo de oro. El Lazarillo es España, y más que España".

Concluye diciendo Bataillon que los profesores del siglo XX somos muy dueños "de incorporar el Lazarillo al capítulo de la novela picaresca y de interpretarlo como sátira", y que asimismo "podemos, si se nos antoja, convertir al mendigo profesional, al cura codicioso y al escudero

famélico en símbolos de las taras sociales que han conducido a España a su ruina"; y que también "puede un sociólogo moderno reconocer en la simbiosis del muchacho por Dios con el espadón inútil, la esencia de una sociedad que se vuelve de espaldas al trabajo productivo, base de las sociedades modernas"; pero considera que no debemos prestar "arbitrariamente nuestras ideas a un contemporáneo de Carlos V, el victorioso emperador". Dice que tenía sus problemas el siglo XVI, "que en parte, sólo en parte, son análogos a los nuestros, y de los cuales es natural que se exprese algo, aun sin quererlo los escritores, en la literatura de entonces".

Había durante el imperio de Carlos V y los Felipes una literatura de crítica social que no se parecía a la novela picaresca. Uno de sus temas frecuentes era la plaga de los mendigos profesionales, y abogaba por recuperarlos, tanto para los oficios como para los ejércitos. Señala Bataillon como ejemplo la obra del toledano Venegas, quien en 1539, o sea alrededor de cuando pudo escribirse el Lazarillo, clamaba contra la plaga escandalosa de pobres simu-

lados y viciosos. "Pero este humanista cristiano —dice— con ribetes de erasmismo se entrega a una crítica mucho más radical". No así en el Lazarillo, donde apenas hay rastro de tales temas. Pero aunque la crítica social se manifestara claramente en esta novela, su valor continuaría fundamentado primordialmente en la intención artística del autor. Esto es lo que ha querido comprobar el señor Bataillon: "...creo que el análisis directo del Lazarillo revela suficientemente su sentido, intención y valor esenciales. Intención y valor de arte. Esta novelita tan pequeña es algo grande en la literatura de lo que se ha llamado mimesis, o representación literaria de la realidad en Occidente. En suma, si en vez de referirlo a nuestros juicios sobre la sociedad española, nos dejamos guiar por la contextura del relato, por las insistencias, por las correspondencias, por los contrastes que dibujan su fisonomía única, nos veremos llevados a explicar el Lazarillo como un esfuerzo victorioso en el arte del relato y del retrato. Hay que volver al juicio de Sigüenza, que admiraba su don de "guardar el decoro", de respetar la coherencia de los personajes, ideal

No puedo recordar quién me dijo en cierta ocasión: San Ramón tiene un Parnaso: el Cerro del Tremedal y una Fuente Castalia: la Poza de Nor Concho y el que se moja la cabeza en el agua de ese remanso, recibe el bautismo de Apolo y queda iluminado por el Espíritu Santo de la Inspiración...

Como la referida poza estaba muy cerca de la casa de los Chavarría-Palma y siendo Lisímaco aficionado a la natación, —según testimonio de amigos personales suyos— allí el poeta pasaba largas horas entregado al deporte que hizo de Lord Byron y de José Santos Chocano magníficos nadadores.

En el caso de Lisímaco, lo de la "Fuente Castalia", lo del "bautismo de Apolo" y lo del "Espíritu Santo de la Inspiración", se cumplió de modo pleno y en la forma más espléndida, porque Lisímaco fue un poeta en todo lo que esta palabra tiene de armonioso,

clásico, horaciano, en cuyo nombre también Juan de Valdés juzgaba a toda literatura novelesca o dramática. El breve prólogo cobra entonces un acento sobriamente triunfal. Se convierte en una florificación del arte y del artista. Respira la satisfacción de haber inaugurado en lengua castellana un género de ficción divertido y verdadero, de haber competido en naturalidad con los antiguos (y en un tema tanto más nuevo cuanto que es más humilde), de haber descubierto tierras nuevas en el mundo de la representación de la vida humana".

Como se ve, las apreciaciones de Bataillon echan por tierra muchas afirmaciones que se han venido repitiendo acerca del Lazarillo, como verdades indispensables, por ejemplo el considerar al héroe de esta novela un antihéroe. ¿Lo es de veras?

Valga nuestra exposición de la interesante conferencia para que los interesados en la literatura no se adhieran a un juicio sin conocer los que haya en torno de las obras. Muy en particular dedicamos la exposición a los profesores de literatura.

de comprensible, de sensitivo. A veces hay demasiada fronda rítmica en sus poemas, como si por vanidad artística él hubiera tratado de hacer demostración de capacidad versificante; pero en sus estrofas no deja de palpase un recóndito encanto, una belleza íntima que es el alma de su poesía vernácula.

José María Gabriel y Galán, Lucila Godoy, Pedro Bonifacio Palacios y nuestro Félix Angel Salas sirvieron de guías de niños y de jóvenes; Lisímaco también fue maestro de escuela y precisamente en nuestro Cantón de Mora hay un centro docente que estuvo bajo su dirección, el cual hoy lleva su nombre como homenaje a la labor magisterial realizada allí por el poeta.

Con Manuel Rodríguez Cruz, el mejor imaginero costarricense del siglo recién pasado, Lisímaco adquirió conocimientos de escultura y algunos ramonenses afirman que en la cabeza de un San Pedro hecho por el bardo, imagen venerada en la ermita del distrito que en mi pueblo lleva ese nombre, Lisímaco metió uno de sus poemas inéditos. Alguien pensó abrirle la cabeza a esa imagen con el propósito de sacarle la susodicha composición. No se efectuó este hecho porque muchos de mis conterráneos tuvieron sensatez y creyeron que al respecto solamente hubo fantasía de admiradores de nuestro lírico, que trataban de resaltar sus caprichos artísticos.

Lisímaco era de baja estatura, patizambo, de frente amplia, color trigueño, ojos oscuros, nariz regular, boca sensual, bigote un poco daliniano. Marcado gesto de ufania lo hacía antipático a casi todos los ramonenses, siempre tan humildes y acogedores. Ignoro los motivos del poeta para tratar en forma despectiva a sus "paisanos"; mas, es verdad que en San Ramón se le admiraba, pero no se le quería. En alguna ocasión UN DON TOMAS muy conocido por toda la sociedad ramonense, le escondió una tarjeta donde lo invitaban a un baile al Club de Amigos de aquella

localidad y al saberlo Lisímaco, en un periódico editado en Alajuela, le dedicó unos versos titulados: A UN TONTO MAS... Desde este ingenioso trastrueque de palabras hasta el final de la composición había gracia mortificante con la que maltrató al DON TOMAS autor del esemoteo de la mencionada tarjeta.

Devengando un sueldo de cincuenta colones mensuales duró varios años nuestro poeta como empleado de la Biblioteca Nacional; allí tuvo a su cargo la sección de revistas y periódicos. Fue en ese centro cultural donde los libros nutrieron su inteligencia suministrándole conocimientos literarios y filosóficos.

De sus dos uniones conyugales no nacieron hijos y tengo noticias de que Lisímaco como esposo no fue "un dechado de virtudes"... En cambio, como hijo resultó excelente, pues fue bueno y afectuoso con su madre. El único verdadero amor del poeta fue su viejecita, doña Teresa Palma de Chavarría. Es lamentable que la comisión encargada de seleccionar las composiciones con que en el año 1939, —por iniciativa del diputado don Eliseo Gamboa— se editó en la Imprenta Nacional un tomo de las poesías de Lisímaco, no hiciera figurar allí el bellissimo canto a su madre, titulado: LA QUE ME DIO UNA CITARA. Creo conveniente publicarlo al pie de este comentario.

Trato de enjuiciar a Lisímaco en lo que concierne al hombre y al poeta.

Camoens fue acusado de defraudador de fondos públicos, Lope de disoluto y homicida, Francisco Villón de salteador en despoblado, Oscar Wilde de homosexualismo lo mismo que Horacio, quien decía: "me ha herido el duro dardo del amor por Licisco, que pretende aventajar en ternura a cualquier mujer"...

Los pecados, faltas o debilidades de Lisímaco, fueron debilidades, faltas o pecados masculinos... Voluble con las mujeres, orgulloso con los hombres, era inconstante como las aguas de los ríos y soberbio como el semblante de

ciertas montañas...

La arrogancia de Lisímaco en sus maneras semejábale a la de Chocano en sus versos. Venidos los dos al mundo bajo la influencia de Tauro (Chocano nació el 14 de mayo de 1875 y Lisímaco el 10 de mayo de 1878) ese signo zodiacal les brindó fantasía, orgullo, rencor implacable con sus enemigos, resistencia para oír consejos y acerada voluntad en la consecución de sus propósitos. Fuerzas psíquicas similares los empujaron hacia grandes destinos, hacia cumbres fustigadas por la tormenta y por el rayo... Fue después de muerto Lisímaco que en San Ramón se le rindió homenaje a su talento. A Chocano ni aún después de haber caído acuchillado en Chile, se ha querido en el Perú ofrecerle la glorificación que él merece. Según alguien me aseguró, un diputado en Lima dijo: "el mejor homenaje para Chocano sería quemarle su obra". ¡No he oído jamás mayor explosión de

"chocanofobia", de irreverencia o iconoclasia artística, como la de ese "padre de la patria" renegando de uno de los más grandes valores de su patria y cuya pasión violenta y temeraria lo ha hecho hasta desear destruir una de las labores más hermosas que ha producido un hijo de nuestra América!

Si últimamente me he apartado un poco del comentario sobre la vida y la obra de Lisímaco, hablando de otros poetas, es para hacer notar lo difícil que es hallar un artista poseedor de la pureza y la santidad de Francisco de Asís. No recuerdo dónde leí: "nuestras virtudes son a menudo hijas bastardas de nuestros vicios"...

Ya he mostrado de Lisímaco Chavarría, como hombre, algunos detalles desconocidos de su vida; ahora es necesario exponer a la vista del lector ciertos aspectos de su obra, como poeta. Para juzgarlo dándole exactamente lo que

Tome
Orange-Crush
MARCA REGISTRADA
¡Qué Sabor!

INSISTA EN ESTA BOTELLA CARACTERISTICA



The advertisement features a large diamond-shaped logo with the text "Tome Orange-Crush MARCA REGISTRADA ¡Qué Sabor!". To the right is a detailed illustration of a glass bottle of Orange-Crush with a label that matches the logo. Below the logo, the text "INSISTA EN ESTA BOTELLA CARACTERISTICA" is written in bold, with an arrow pointing to the bottle. At the bottom left, there is a cartoon character named "CRUSHITO" wearing a cap and holding a bouquet of flowers.

le corresponde, se debe situar dentro de su contorno cultural y frente a la época en que su lira lanzó sobre el alma del pueblo costarricense sus más musicales sonidos.

Por temor a la crítica, Lisímaco publicó su libro original con el nombre de Rosa Corrales, su primera esposa. Cuando vió que la crítica le había sido favorable, siguió firmando sus composiciones con su nombre.

Organizados en este país por la recordada revista "Páginas Ilustradas"—año 1909—los primeros Juegos Florales para conmemorar los 88 años de la independencia centroamericana, Lisímaco tuvo su más resonante triunfo. Creo oportuno ahora copiar seguidamente parte del acta suscrita por el Jurado compuesto por Brenes Córdoba, Alfaro Cooper y Brenes Mesén: "Examinadas atentamente las composiciones poéticas, se resolvió por unanimidad de votos adjudicar el primer premio (Flor Natural) al autor del **Poema del Agua**, por reunir las más notables condiciones literarias, a nuestro juicio, entre las presentadas. Se trajo a la vista el pliego que contiene el nombre del autor, resultando ser Lisímaco Chavarría. En atención al mérito de las composiciones tituladas **Palabras de la Momia**, **Los Carboneros** y **La Hurí del Pescador** resolvimos, por unanimidad, distinguirlas con **mención honorífica**. Apareció ser autor de las dos primeras el mismo señor Chavarría y no se consigna el nombre del autor de la última, porque leída su tarjeta, creyó el Jurado que debía acceder a los deseos manifestados en ella, de serle devuelto el poema sin mencionar su nombre, y sé, por habérmelo dicho persona bien enterada del asunto, que **La Hurí del Pescador** era del gran poeta colombiano Julio Flórez, quien por ese tiempo se hallaba en Costa Rica! El adjetivo "grande" aplicado por mí al autor de **Idilio Eterno** y **Altas Ternuras**, a muchos de nuestros intelectuales les va a parecer exagerado, fuera de tiempo y de lugar. Pero si ubicamos a Flórez dentro del momento romántico en que él cultivó

su poesía, ese calificativo es de una justicia y de una propiedad incontrovertibles. Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Julio Flórez, Lisímaco Chavarría, etc., siguen siendo "grandes", tomando en cuenta la circunstancia cronológica en que realizaron su obra artística.

Lisímaco es un poeta espontáneo, musical, sin complicaciones de ningún género. Su cultura no era vasta y lo prematuro de su muerte le impidió llegar adonde llegaron Darío, Chocano, Nervo, Valencia, etc. Es un poeta "natural" y yo lo admiro, aún cuando Ortega y Gasset exponga: "poesía no es naturalidad, sino voluntad de amaneramiento". La afectación en arte es el recurso de los incapacitados. La filosofía es para pensar, el arte para sentir. En la

**Hay regocijos en la cabaña;
tiende la tarde rojos cendales
y dos carretas llenas de caña
vienen vibrando de los cañales.**

**Crujen las mazas dando sus vueltas
y los gañanes el horno atizan,
y dos chicuelos, de mangas sueltas,
con sus cuchillos la caña alisan.**

**Los bueyes giran por un camino
que en el bagazo finge una boa,
y baja el jugo, color de vino,
haciendo espumas en la canoa.**

**Cantan los mozos y un chico baila
oyendo a aquéllos cantar en coro,
y sobre el fuego hierve la paila
echando al aire burbujas de oro.**

Para darles mayor sonoridad a sus versos, Lisímaco usaba mucho la rima perfecta y a veces empleaba las quintillas, por resultar éstas más

**Derramo en las campiñas de perlas un derroche
y en medio del silencio soy arpa vibradora;
ensayo mis orquestas de lirás en la noche
y se abren mis espumas como luciente broche
que esmaltan los matices cambiantes de la aurora.**

(Del "Poema del Agua").

**Supiste de las églogas aladas
que alzaron en tus frondas los sinsontes,
y miras, por las tardes, las bandadas
de loros, como flechas disparadas
del arco de esmeralda de los montes.**

(De "El Arbol del Sendero").

prosa longánima y maravillosa de un admirable escritor sudamericano, recuerdo haber leído poco más o menos: "la belleza, aristocrática de suyo, es a la vez democrática por excelencia, porque se encuentra en todas partes y siempre está al alcance de todos". El arte es emoción estética y no debe constituirse nunca en "parapatía" incomprensible ni en maraña arbitraria y extravagante. Esa adaptación de la inteligencia a la concreción de una idea, no puede estar circunscrita a la comprensión solamente de determinado grupo; debe ser deleite universal, como lo quería Tolstoi.

Los siguientes versos de Lisímaco, traducidos a cualquier idioma, creo serían del agrado de todos los que supieran cómo son nuestros trapiches:

Varias veces he suministrado ración de varapalos —no al arte nuevo— sino a esos estropicios literarios que algunos jóvenes han dado en llamar así. Tales mozos intentan conducir la belleza por caminos de originalidad y únicamente logran meterla en vericuetos de ridículo.

Hace más o menos dos meses leí en BRECHA una prosa de Alberto F. Cañas, titulada: **Uso y Práctica del "Chunche"**. Recomiendo a esos muchachos leer dicha prosa para que aprendan a ser elegantes, sencillos y verdaderamente originales.

El mismo Ortega y Gasset, quien sostiene: "poesía no es naturalidad, sino voluntad de amaneramiento", aconseja q' con "esos jóvenes cabe hacer una de dos cosas: o fusilarlos o esforzarse en comprenderlos"...

La poesía de Lisímaco Chavarría no hay que "esforzarse en comprenderla" ni de ella se podrá decir: "no he visto en mi vida versos con menos sentido ni con más disparates", porque esa poesía carece de complicaciones y "amaneramientos"; es fluida como el agua de los ríos y fresca como el aire de los montes. Huele a jaral florido, a cohombro, a piña, en fin, a lo que huelen nuestros campos y sabe a miel de trapiche, a guayaba madura, a jocote "tronador", es decir, conserva ese sabor agradable de las cosas de Costa Rica, tales como su sencillez virgiliana, su honestidad democrática y su indiscutible candorosa hospitalidad que la hace mantener sus brazos abiertos y extendidos para recibir aún a aquellos que no saben amarla ni respetarla y quienes solamente sirven para manchar sus ornamentos de gloria.

27 de agosto de 1958.

BRECHA se complace en publicar al pie del anterior comentario, la composición de Lisímaco Chavarría, titulada:

La Revancha

Por Mario Fernández Callejas

A su bisabuelo lo tildaban de pirata; pero no, había sido sencillamente un modesto negrero a quien una pata de palo le daba cierto cariz de gangster del mar extraído de una novela de Sabatini o de una película de acción filibustera con escenario en la Isla Tortuga. Un honesto y piadoso negrero que cumplía a conciencia su ingrata labor de traficante de ébano humano. Periódicamente el bisabuelo salía de La Habana (el mejor mercado de bombas y narices chatas de la época) con su bergantín "Nuestra Señora de la Caridad del Cobre" bien abastecido de aguardiente, abalorios, y pluralidad de esos objetos de joyería falsa, de relumbrón, que siempre han hecho las delicias de la gente sepia; enfilaba la proa hacia Africa, y, tras luengos días de navegación, no siempre felices; —calmas chichas en el mar, de "chicha" los marineros —arribaba al continente de "color", y ya en él, can-

jeaba su flamante cargamento a cualquier reyezuelo nativo por un buen lote de negros fuertes y jóvenes que este último hubiera hecho prisioneros en guerra tribal o, en su defecto, raptado con miras a ulteriores operaciones comerciales. Hecho el cambalache, a La Habana me voy" y el bisabuelo, con su nao repleta de ganado humano, rumbaba hacia la capital de la Perla de las Antillas, donde en pública subasta liquidaba a buen precio su ahora precioso cargamento.

Muchos años estuvo el bisabuelo explotando este magnífico negocio, lo que le permitió amasar una cuantiosa fortuna; pero también tuvo una vez que otra sus quiebras por averías en la mercancía. Todo por culpa de los ingleses, estos eternos cobradores de barato, a quienes les dio por perseguir la trata de esclavos, no por filantropía precisamente, nada de eso, sino

por competencia comercial: con el fin de impedir que las colonias españolas compitieran con las de ellos a base de mano de obra gratis. Y más de una vez, el bisabuelo con una fragata de la rubia Albión a la zaga, terca en su persecución como buen cobrador, tuvo que deshacerse de su cargamento rápidamente con el objeto de evitar que los ingleses adornaran con su cuerpo, a manera de péndulo, el palo trinquete de su propia embarcación. En casos como éste, el bisabuelo, no sin antes santiguarse y rezar un padre nuestro, ordenaba a su tripulación, gente tan devota como él, ir arrojando por la borda, pieza por pieza, toda la mercadería, cercenándole a priori la yugular a cada una con la plausible intención de que se fueran presto al fondo y así no dejar huellas flotantes ni la estela de su nave...

Y resulta ser, que el bisnieto se casó con una bisnieta a-

simismo del bisabuelo de la pata de palo. De tal unión de sangre de negrero por partida doble nacieron tres vástagos: dos nenas y un nene, tan blancos como tan negro fue siempre el cargamento del bergantín del bisabuelo. Un buen día, el bisnieto tuvo que ausentarse de su país natal, separarse con negro dolor de su prole y de su amante esposa. Y fue-se. Ahora bien, desde lejanas tierras escribía con regularidad cronométrica añorando su perdido hogar e invariablemente le contestaba la mayor de sus nenas, su preferida, por su buen gusto y talento ¡Su orgullo! ¡Con decir que era la intelectual de la familia! ¡Qué gozar el suyo al recibir aquellas enjundiosas epístolas filiales que comenzaban siempre con un amoroso y trascendente: "Me alegraré que al recibo de ésta, estés bien como para mi deseo!...".

Al cabo de unos años, el bisnieto regresó a sus patrios lares. Venía henchido de placer, plétórico de ilusiones, atiborrada su alma de nobles propósitos, dispuesto a no separarse jamás de su prole y de su esposa, listo a sacrificarse por la una y la otra... Y llegó. Y penetró, alegre y confiado, en lo que creía su recobrado hogar. ¡Oh dulce hogar! En principio todo fue bien: la prole —ya dos señoritas y un mocetón— y su costilla se repartieron equitativamente los regalitos que traía. Ya por la noche, le hi-

LA QUE ME DIO UNA CITARA

Rosas de Jericó que dáis fragancia
allí junto a los místicos altares,
nenúfares del lago y de los ríos,
gardenias del jardín, flores del valle,
juntad vuestros aromas delicados
con que las auras suelen saturarse,
para ponerlos en el cáliz áureo
de un lirio de los campos siderales;
orquídeas de las selvas ignoradas
y flores de los cedros seculares,
a mí vuestras fragancias, yo las quiero
para ofrecerlas a mi dulce madre...

Esmeraldas y perlas de los reyes,
nácar de las auroras en los Alpes,
matices de las albas cuyas rosas
esmaltan las espumas de los mares,
oro de las monedas de Trajano
pulidas al pasar por las edades;
oro de las diademas y los céntros,
oro de Salomón, oro del Ande
fundido por los Incas, hace siglos;
oro del sol, en rizos o en granates

de luz, sobre la arista de las flores
o en el ala viajera de las aves
que van en busca de lejanos predios
para colgar su nido en los pinares;
oro de los cabellos de esos niños
que finger en la tierra alegres ángeles,
a mí vuestros prestigios consagrados
por los reyes y reinas y magnates,
para erigir el busto de esa santa
que veía por mi bien: ¡mi dulce madre!

Troqueles en que el sol pone topacios
para acuñar fulgores a millares,
buriles con que Flora esculpe dalias
y azucenas, —señoras de los valles—
crisoles en que funden las auroras
la tumbaga que ostenta cuando nace,
cinceles con que tallan los crepúsculos
sus raras esculturas de celajes,
collares de canciones que en las selvas
desgranan los laúdes de las aves,
Benvenutos: Cellinis, Donatellos,
soñadores ungidos por el Arte,
entonemos un himno mientras pasa
la que me dió una cítara: ¡mi madre!

La navaja de los sueños de Ana Antillón y otras ideas

Por Manuel Díaz y Sotelo

Cuando un poeta o un escritor se brinda al público en una obra, ella cobra una vida independiente. Y así como la vida humana es frágil o persiste en una época dada, lar-

ga o corta, las obras también están sujetas a perdurar, o a ser olvidadas por su carencia de medularidad. Todos los libros son como los seres humanos: están destinados a ser

elogiados, calumniados, menospreciados, a tener sus amigos y enemigos; a que se les tienda la mano franca o hipócrita, mientras en la cuna del tiempo no desaparece el

país de los sueños, la incon-tenible guerra de las cosas que se va librando diario.

Todo está librando su guerra y nos vamos reservando una página escueta en la historia, para dialogar una mañana o una tarde con las necesarias rosas que abren su ternura en la cicatriz de todos los días, en la necesaria e incontenible generación de las cosas y los seres.

Ana Antillón hace algunos

cieron a él un magnífico regalo: le presentaron ceremoniosamente el prometido de la mayor de sus hijas, de la intelectual, de la autora de las enjundiosas misivas, en fin, de la nena del buen gusto ¡Rayos y truenos! ¡Voto a bríos!, como solía jurar el bisabuelo... ¡Horror! El prometido de la nena del buen gusto era nada menos que un joven sepia, un especie de mau mau traducido al vernáculo, pues se expresaba de vos, decía, mirá, tomá, vení, con un encantador acento tico que recordaba instantáneamente la Línea Vieja... ¡Terrible impacto aquí! ¡Por poco queda en el sitio, fulminado por una congestión cerebral! ¡Bordeé en ese angustioso instante los meandros de la hemiplejía! ¡Vaya "huevo" emocional el que recibió!

Ya entrada la noche, calmado un tanto, se encerró en su alcoba con la bisnieta, es decir, con su distinguida esposa para tener con ella un mano a mano dialéctico. Almacenó paciencia, seleccionó argumentos, y desgranó éstos, uno a uno, valiéndose para ello de vocablos, a su entender, gráficos y certeros. Habló de apostasia racial, expuso verdades como puños que los desaprensivos llaman prejuicios; recomendó enfáticamente no ir a contra pelo de la sociedad; mencionó a Darwin, hizo hincapié en el eslabón perdido, en el salto atrás, hacia los árboles; se refirió al orangután, al chimpancé, al aporte negativo de éstos a la civilización; dijo de la rumba, la conga y el mambo, de las contorsiones y los alaridos selváticos a que dan lugar estos estruendos, del aroma axilar característico de los hijos

de Cam, llamado "grajo", e ilustró sus razonamientos mostrándole a la bisnieta una revista en la que aparecía la foto en colores de un próximo pariente del prometido, luciendo vistosas plumas en la cabeza y un policromo taparrabo de loca fantasía, caballero en lujosa bicicleta con dos timbres en el manubrio por ser todo un jefe... Ella lo oía atenta, sumida en el oro puro de un enigmático silencio que se le antojó, al bisnieta, a todas luces favorable a sus propósitos, y, aprovechando el momento propicio, la instó con calor a colaborar con él, con el objeto de darle el "fuérate" al chimpancé, digo, al prometido de la intelectual. Pero sufrió un lamentable error de interpretación: tomó por aquiescencia lo que era únicamente una composición de lugar para la riposta. Y ésta no se hizo esperar: con vehemencia, con la fe del carbonario en sus labios, la bisnieta recitó con pulcritud desesperante párrafos enteros de "El negro que tenía el alma blanca": luego, echándole mano a "La cabaña del tío Tom" se la tiró arriba por entero aplastándolo entre sus escombros. Sin embargo, con anterioridad a esta andanada, la bisnieta, había mencionado la "color line" del beisbol organizado, rota heroicamente por el "player" bruno Jackie Robinson, los pretendidos amores del otro Robinson, también un bombón, el púgil Súgar con la despampanante Pampanini; el salvaje comportamiento del Kux Klan, y la deleznable actitud de un catedrático sureño que, al enterarse de las leyes contra la discriminación racial promulgadas recientemente en Yankilandia, exclamó iracundo,

con la diestra extendida hacia su aula: "¡Aquí, negros, sólo los pizarrones...!". Y terminó su brillante alegato con esta sentencia inapelable externada en tono doctoral: "Más vale un negro bueno que un blanco malo", frase sublime que dejó al bisnieta perplejo y anonado, pues hasta ese momento descubría que todos los blancos eran malos o que su primogénita estaba tan mala que no había podido encontrar un blanco bueno para su uso particular. Y aquella noche, la primera del bisnieta en su recobrado y dulce hogar, se la pasó en blanco. Dormitó breves instantes no más y esto torturado por una espantosa pesadilla: el mau mau, con voz meliflua y placentera sonrisa de oreja a oreja, le llamaba papá, papá... Y con el transcurso de los días la cosa se fue agriando de tal manera que el pobre bisnieta se marchó de la casa; se marchó, no, en realidad, "lo marcharon". Como en Fuente Ovejuna, todos a una, lo pusieron de patitas en la calle...

Una noche de éstas se le ocurrió al bisnieta ir a su excasa, a su agrio ex-hogar, en busca del mocetón de su hijo. Sin objeto alguno, tal vez por verlo solamente, quizás por el hambre de familia. Tocó la puerta; ésta se abrió, e hizo su aparición como Divino Portero, el prometido de la nena del buen gusto, con su ancha y placentera sonrisa blanca. El bisnieta preguntó por su mocetón; el sepia volvió el rostro hacia el interior de la casa y vociferó: "¡Aquí un hombre busca a fulano". "Y de adentro vino, entre risas contenidas, cabal respuesta: "Dígale que no está", encargo que cumplió a satisfacción el

prometido acompañando sus palabras con un sonoro portazo.

El bisnieta se adentró en la sombra bamboleándose como un borracho. Ideas negras y contradictorias en vendaval azotaban su mente. Una de ellas, la menos oscura, la idea mulata, era la de darle cuatro tiros al prometido, sí, cuatro, que es lo reglamentario, mas al llegar a la esquina desechó esta idea por impracticable: por más que le tirara al sepia, jamás daría en el blanco... Y decidió entonces emborracharse de veras ya que estaba ebrio de vergüenza y dolor. Y se parapetó tras la barricada de una mesa de un "night club" de los alrededores a darse tragos con perseverancia digna de mejor causa.

Al conjuro del décimo cuarto copetín tuvo una visión horrible, una de esas fantasmagorías en tercera dimensión que poseen acusados visos de realidad tangible: vio al bisabuelo de la pata de palo refugiado en el castillo de popa de su bergantín, corrido y atónito, en tanto en la cubierta de estribor, a todo lo largo de ella a modo de comparsa, multitud de negros de torsos desnudos y relucientes, se contorsionaban como poseídos al compás de un satánico monorrítmico de conga, lascivo y doliente, que arrancaban en desenfreno de bongoes y tumbadoras, y al tiempo que reían con risa amplia color de pulpa de coco, cantaban con torturante monotonía:

Una, dos, tres,
pin, pan, pun,
la revancha es,
la revancha es...

años puso en circulación su libro de poemas **Antro Fuego**; lo ha puesto hacia donde la tierra gira y canta, hacia donde los hombres van sembrando el trigo de sus esperanzas y la bandera de sus sueños y la sangre de las gaviotas surte la lejanía. El libro **Antro Fuego** es como un niño que va hacia una aldea de pájaros y misterio.

El conocimiento de la obra de la joven autora me visitó hace cerca de dos años, cuando Pablo Antonio Cuadra me mostró el pequeño gran librito, en la redacción de "La Prensa", de Managua. Pablo revelaba su entusiasmo, mientras yo le hacía entrega de un artículo en contra de la dictadura que envuelve sus tentáculos en el cuerpo de Nicaragua. Más tarde, cuando visité Costa Rica, Manolo Cuadra me recitó, con aquella voz de énfasis, ya dormida en el silencio de la muerte, el poema de las arañas, que tiene un formidable homónimo en uno del nicaragüense Bernardo Prado, hoy casi extraviado de la lucidez de su pensamiento. Así fui pescando, pedazo a pedazo, la personalidad poética de Ana Antillón. Ahora, cuando pareciera que las formas obligadas de mi vida aumentaran en el hombre su falta de concentración interior, y que la poesía se me fuera fugando de todos los ramajes, para dar lugar al combate de una dictadura, he conocido personalmente a la poetisa y hemos departido el milagro de nuestros sentimientos estéticos.

Antro Fuego es un libro bien logrado, de los libros de poesía más hondos que se han producido en Costa Rica, y aún cuando múltiples fuerzas de termitas amenacen la estabilidad humana, con todas sus grisáceas masas para destruir la raíz cromática de la vida y los corazones andariegos de los paisajes; aún en estas catástrofes y zozobras los buenos libros, tienen un espacio para esperar, quedos, tranquilos, viendo la hora en que han de regresar los pájaros, y en que la ultrajada vida recibe la beneficencia de la tranquilidad.

círculo orgulloso de su adornada poesía, regalando los descubrimientos de su belleza a los que así lo desean, en un pueblo alegre y que marca el paso de su progreso libre de burlas a la libertad. Es un libro que va alegre de misterioso contenido en un pueblo listo al humor. Es un libro distinto de los de los nicaragüenses que llevan en sus páginas las lágrimas de un pueblo escarnecido, con luto y rebeldía, con el salmo a la belleza y el escupitajo a las cadenas. El libro **Antro Fuego** va sobre las limpias arenas de su patria, mientras en Nicaragua la raíz del canto está perseguida, atemorizada, o se dice una larga noche de cruz, los valores perdidos donde las flores de otros años dieron el talismán de sus frutos, sin la sangre de vivencias mancilladas.

En el pequeño poemario de Ana Antillón va el agua

fluyente de su voz madrugada y aprendida en el fondo de la más cara sensibilidad. Los versos entran en la memoria, y quedan guardados con la entera flauta de sus polvos mágicos traídos del país de la inspiración. Es verdad que son versos escritos bajo el ala poética de Góngora, que es el de mayor influencia en algunos poetas modernos, y de Garcilaso, con la misma dureza de la palabra largamente estudiada y obligada a producir la

vibración en los necesarios e indispensables tonos pretendidos. Por esa particularidad gongoriana es que tal vez la poesía de la Antillón sea una poesía "difícil".

Sin embargo, los poemas de **Antro Fuego** tienen una "secreta profundidad" como dicen sus palabras introductorias. Uno de esos poemas bien logrados en su duro subjetivismo, es el que a continuación hago comparecer:

Un mal enorme, como presa ciega
hace su nido en la molicie muerta;
nervios descascarados de hoja empuja
el viento desquiciado hacia la riega.

Mugidos al vacío, me despierta
el grito desdoblado de la bruja,
que se levanta hinchada entre los vientos.
Yo siento el alma que se muere sola
oyendo a lapsos el martillo canto;
sola en la noche triste, en los lamentos

(Pasa a la pág. 16)

Ver pasar la vida ...

Eso podrá ser cómodo
pero ...

SERÁ LO MÁS CONVENIENTE

NADA hay más incierto que el porvenir. Todo lo que hagamos por asegurar el bienestar del futuro es conveniente.

Por eso no basta con ver pasar la vida. Debemos tomar un SEGURO de VIDA que es la forma más conveniente de asegurar el futuro bienestar de la familia y el de nosotros mismos.

Llame a un Agente Solicitador del Instituto Nacional de Seguros y él sabrá indicarle cuál seguro le conviene a usted tomar.



Instituto Nacional de Seguros



Sonetos de Mario Picado Umaña

Que recibo tu pan doliendo a espino,
a madrugada de terrón añejo,
que declino mi sorbo en el espejo
de tu ser, que en mi ser abre camino.

Que no sé si bebiendo me hago vino,
si montaña tu nube en mi reflejo.
Cada día levanto el catalejo
y no hay nada detrás de lo que vino.

Yo soy simple, aguardo, no recuerdo.
Tu cintura traspone mi zapato.
Soy del hombre su idioma donde muerdo

los trigales desnudos al olfato
y recibo preguntas y soy lerdo
en saber las fronteras de este rato.



Sueño un vaso y quiebro la sustancia,
su redonda fluidez, su vidrio amargo.
El periódico dice... democracia
y el reloj da las dos y ya es tan largo

el vaivén de salir hasta la infancia
a saber de camisas en letargo.
Tajamares de azul espuma rancia
y algo en mar que no sudo y menos cargo.

Hace exacto tres años a esta hora
iba todo al revés con mi persiana,
era un labio tal vez, algo que aflora

y no pude medir en su ventana.
Humareda de lluvia que devora
este lento alfiler de otra semana.



Tierra y luna sudando mi cigarro
evaporan saludos de bandeja.
Mi ilusión al revés me da una vieja
soledad aturdida por un carro.

Yo me alisto de números y amarro
la palabra infinita en otra reja
(Esta cárcel de lluvia apenas deja
un estreno de asuntos en el barro)

A las once, latido, enredadera.
Doble música entibia mi desgano
y me rompo sucesos por la acera

que discute de flores un anciano
(El es libre de préstamo y bandera
y este humo se muere entre su mano)



Unido a la ilusión de tu mañana,
de mujer el aliento desterrado,
de mujer nuevamente en el costado
tan sexual al olvido y a la humana

soledad de placer y casi hermana
de la noche sin rumbo convidado.
Es mujer la palabra del soldado
y mujer el dolor de la campana.

Corazón que en amor tal vez altivo
hizo buenos momentos sollozado.
De la nieve dorada de su arribo

a la espuma secreta enamorado.
Hoy que pienso el amor, que no lo vivo,
muero signos de labios a mi lado.



Asisto al vendaval cada minuto
y es el aire instante sorprendido.
De cara a lo fatal, en alarido
hago peña desreal entre mi luto.

Tengo negro el jabón y diminuto
el suceso de andar sobre lo ido.
Por la arena se mueve un conocido
juguetear de lo santo con lo bruto.

No morir por morir, en broma, en alto.
Vida toda en regreso y yerbabuena.
Soledad de la arena en mar asfalto.

Puro instante de nieve que no llena
estos cauces de atrás, de sangre a salto,
junto a un sol que retumba en azucena.



Levanto tu saludo de motores
y trastorno lo suave de tu herida.
Me reviso tu boca en mi avenida
y dispongo en el viento los tambores.

Puedo unir a la lluvia los alcores
de un bostezo sincero a media vida,
y no puedo saber si resistida
es asunto de sombra los colores.

Hoy va un niño vestido de cadete
y parejo de luna va soñando.
Deja el aire su blusa en un arete

y me duele la oreja por el cuando
se me fueron los sorbos de un juguete
en el mismo placer de estar jugando.

Poesías de Ricardo Blanco

ESTE YO

Este yo mío, eterno, imponderable,
este yo inmensurable
extenso como el mar;
esta perenne voz hablando a solas,
este ser lo que soy a todas horas
este ser y no estar.

Esta conciencia espejo de mi alma,
apariencia de calma,
perpetuo simular...
Y adentro en el subsuelo enfurecidos
un haz de prisioneros reprimidos
queriéndose escapar.

Este ser siempre yo; ni más ni menos,
cuanto más turbulento más sereno
sin poder terminar;
una gota que cae perennemente
horadando la piedra de la muerte
y extendiéndose más.

Línea de perspectiva en un minuto,
mármol de soledad tallado en bruto,
una centella más
lanzada al firmamento del espacio
rico sin heredad, rey sin palacio,
la escueta realidad.

Este yo mío, eterno, imponderable,
constante, majadero, interminable,
todo el tiempo mirándose a sí mismo,
santo entre los altares del cinismo...
Este yo mío...

¿Se terminará?

AHORA

Ahora soy línea pura en un instante;
de perpendicular vestido salgo
a la escena del mundo.
Ahora soy un momento,
siempre empezando
siempre inconcluso.

Ahora soy un continuo mediodía
lleno de luz radiante y misteriosa
cegándose los ojos,
velando lirios
mostrando abrojos.

Ahora, siempre ahora en el ambiente
(quisiera decir antes como ahora)
luego cambiar de traje:

vestir de horizontal
bajo una losa.

LA SOMBRA

A manera de un mendigo
mi sombra a los pies caída
me va siguiendo los pasos;
y yo caminando siempre
cuesta arriba, cuesta abajo.

Amarrada a mis talones
obscura como un harapo,
en la llanura detrás
y junto al muro a mi lado
me va siguiendo los pasos...

Arriba en el horizonte
el sol radiante brillando;
y cuanto más resplandece
y más me absorben sus rayos
la sombra se va alargando.

Me va robando las horas
(semental de instantes vanos)
y voy sembrando la vida
hasta que ciego de lumbre
sea mi sombra en el ocaso.

QUE SERA?

¿Dónde está la razón desconocida
de esta inmensa tristeza que puebla
mi espíritu confuso sin sosiego?

¿Dónde estará la paz ambicionada
que se filtre en mi ser como agua clara
apagando esta sed de laxitud?

¡La paz! ¡La paz!...
sendero de la angustia
resulta de una nada de actitudes;
brotó como la sangre de la herida
abierta al yo para salvar la vida.
Pero hasta mí no llegan tus raudales
¡oh paz intrascendente de este mundo!
Me moriré de sed. En la garganta
me ha brotado un haz mudo de alaridos
que el eco de la noche van poblando
de una letanía de perdón.

Y la arcilla se escapa de mis manos
y en la arcilla voy yo.

Prosas de hoy

ENVIO

Ahi va Platero, amiga!

Va hacia usted trotando, y —¡óigalo!— suena a ilusión su trotecillo menudo y rítmico: diríase que va moviendo sus patas peludas sobre una alfombra de rosas y de lirios.

Va hacia usted trotando, y lleva algo mío sobre sus espaldas lanudas: quizá un pedazo de alma; acaso mucho de ilusiones.

Es un gran burrillo este Platero. Sabe reír alegremente y emborrachar su alma de primavera; y ríe con la franca ingenuidad de los niños; y —¿por qué no?— sabe también entristecerse, y rimar la seda de su alma con la melancolía letal de los crepúsculos.

Ahí va Platero! Como es todo un poeta, cuando llegue a usted, trotando y meneando las grandes y peludas orejas, acarícielo y ciña su cabezota con el blanco consuelo de sus brazos, para que ría, de esta suerte, la tristeza de sus ojillos soñadores.

CARLOS SALAZAR GAGINI
(Mimi)

26 Abril de 1915.

Prosas de ayer

SIN SOL

Por Román Ortega Castro

Miguel el Indio --incómodo en su abrigo— camina por las calles de la Nueva Albión. Dos meses ha que el frío del Norte empalidece y arruga su tez.

(Viene de la pág. 13)

de las mil hojas que la furia inmola
vivo que se descarga el gran espanto:
hojas de las montañas, huracanes
muertes transfiguradas en arañas,
muy arribando en masa hasta mi alcoba
sombras desencajadas de ademanes
que llevan en el rostro las lagañas
de las noches atadas de la escoba.

Quiero acudir al sueño, me despierto
y abro los ojos más al negro espacio,
los espectros se ciernen y me enfilan,
siento el vago rumor de ruido muerto,
el devanar muy largo y muy despacio
de un cuerpo humano y dedos que desfilan.

Ana Antillón, tiene como el más caro deseo, —lográndolo a plenitud— decir la palabra poética justa, y que su "frase vibre como un hilo de acero bien tendido", como lo pedía Jules Renard, con la "imagen exacta", "con el estilo exacto, preciso, en relieve, esencial", porque "es necesario ser preciso hasta en lo romántico", en todo ese discurrir de cosas y hechos de seres en que el hombre es un juego de corazón, de sensibilidad y dolor en el trabajar de todos los días. Para cantar esos hechos, agradables o desagradables, o descubrir la belleza intacta, el poeta debe "tener en la garita

del espíritu, la pluma en alto, dispuesta a ensartar la menor idea que pueda aparecernos", según los apuntamientos diarios de Renard.

En el aspecto del libro de Ana Antillón, puedo afirmar que la autora busca la pureza del lenguaje poético, salvando la penetración en la "belleza" donde se surte la comunidad de los verseros que "tienen como característica el desorden en la imaginación, la hinchazón en el hablar", como escribe Masdeu. Ella busca la menor cantidad de palabras para expresar la mayor y mejor calidad de sus emociones poéticas:

La gran ciudad no lo ha impresionado. Quizá frunció un poco el seño cuando, por primera vez, se vio arrollado por el mar humano movido al látigo de un cambio de luz. Tal vez perdió durante un instante la habitual rigidez de su boca al contemplar los enormes torre-hormigueros de acero y concreto. Pero más altos son los Andes.

Miguel el Indio tiene nostalgia de aire. Nunca nadie le ha hablado de que las cosas, cuanto más grandes, tienen menos espacio. El no comprende, es cierto, pero siente que le falta aire. Y campo verde. Y sol.

No había conocido el Indio la soledad de las masas. Siente una barrera dura entre él y la multitud que lo rodea. Lo separa el color. Lo separa el sentir. Lo separa el lenguaje. A Miguel le cuesta darse a entender en el nuevo idioma gutural. Estos dos meses en la gran ciudad han aumentado su ya natural silencio. Le disgusta la sonrisa que le dirige la vendedora de cigarrillos al escuchar su acento.

A veces, al escuchar repentinamente una frase en su propio idioma, algo ilumina el duro rostro aceituna. Es una especie de relámpago que luego hace más notoria la sombra. Y es que Miguel el Indio, en la férrea Nueva Albión, vive entre las sombras. O, mejor dicho, muere entre las sombras. Porque él, para vivir necesita, como sus antepasados, adorar al sol. Y hace dos meses que no hay sol.

Pero la metrópoli ata. No en vano es el signo del hombre amarrado a un punto. Del hombre-número. Del Hombre-cero.

Miguel el Indio lanza un escupitajo sobre la acera y continúa —incómodo en su abrigo— por las calles de la enorme Nueva Albión.

Es árbol triste, seco y deshojado, añoso y pensativo tronco
rasgando los cabellos a las nieblas,
mirándose en un charco pantanado,
sorbando al trueno el resonido ronco,
verdugo deslumbrado de tinieblas.

Es un triste árbol; crece y no se muere,
con las raíces en la arena
y arraigadas las hojas en el viento;
caído espectro que en la luz se hiere,
querida sombra que en luces se envenena,
envenenada fuerza de lamento.

Pese a que se saborea en las páginas de *Antro Fuego* la dura dulcedumbre de Góngora, y en menor grado el aire de Garcilaso, como ya lo he dicho, Ana Antillón refleja en sus versos personalidad americana, independiente de la imitación común, defondada para siempre con la aparición de Rubén Darío. Estos impulsos vitales en la obra de los nuevos escritores de América, en los diferentes campos del pensar, se ha venido surtiendo con el andar de la historia, y en el campo de la poesía tiene sus reajustadores más fuertes en Pablo Neruda, César Vallejo, Joaquín Pasos y Salomón de la Selva. Todos ellos distintos, y con miras a

crear formas llenas de un contenido que responda a los impulsos anímicos de nuestros pueblos, que tienen su imperativo determinante en la evolución de su historia.

La aún no consolidada personalidad de la cultura que se está gestando a lo largo de los países indoamericanos, posee voces que se apresturan a responder a las nuevas necesidades vitales del pensar, según se planteen en cada una de las comunidades. Los poetas como Pablo Neruda, César Vallejo y otros, están dando con el puño fuerte, para ensamblar en la civilización que estamos laborando esa ansia que se produce en la in-

LOS LADRONES

Por Mario Madrigal

—Lo que es esta noche los agarro, esos...

Hay una cólera sorda en la voz de don Rosendo, como en la de un hombre fuerte que se encuentra, de pronto, frente a una pared que no puede escalar, y siente la necesidad de llegar al otro lado. Ira impotente, pero que ya va buscando un camino...

Durante los últimos días, las vacas han llegado del potrero marchitas y cansadas, como una mujer de cierta edad de regreso de un baile en la madrugada. La producción ha bajado considerablemente; la leche se ha secado, como los riachuelos en las épocas de sequía, cuando la espada del sol hiere los campos, y la tierra se arruga y se estremece como una fiera herida...

—Don Rosendo —advirtió un peón— estas vacas vienen ordeñadas. Algún vivo se está tomando hasta la postre...

Y se encendió de nuevo, como una luz, la ira del campesino rico quien, por haber vivido siempre de su trabajo, odia todo lo que viva parasitariamente, ya sean hombres o garrapatas.

—Lo que es esta noche los



agarro, esos...

Don Rosendo es un hombre que siempre va más allá de las palabras. Y esa noche, al salir la luna, ya está en su

puesto, abrigado con una "cobija" vieja, debajo de un roble, esperando, esperando...

El campo está solo, como un cementerio. Allá, a lo le-

jos, entre la hierba y al aire, mariposas de luz se encienden y se apagan insistentemente. Y más allá, en el cielo, otras luciérnagas guiñan a las que vuelan sobre la tierra. No hay una sola nube.

En el potrero, las vacas se han "echao" y ruman su comida pensativamente. Dos caballos, a un lado, duermen de pie, como viejos soldados. De vez en cuando pasa volando una ave nocturna.

—¡Qué tranquilo está todo...! —musita, ya entrando en el camino de los sueños, don Rosendo—. Aquí he trabajado toda mi vida, y aquí he de morir, solo, como he vivido. Me enterrarán aquí, en la tierra que he trabajado, para sentir los cascos de los animales sobre mi cara. Algún día...

Desde la distancia —que se esconde en la oscuridad como en un túnel— se oye un ruido extraño y los caballos abren los ojos y levantan las orejas. Las vacas siguen, tranquilamente, rumiando.

Don Rosendo se incorpora y toma el rifle en sus manos. A lo lejos la luna marca en el campo las sombras de dos hombres que silenciosamente se acercan.

mensa aula del continente, para terminar con formas caducas y extrañas a los sentimientos legítimos de estos pueblos.

Ana Antillón, que es una voz poéticamente joven, está dotando a Costa Rica de una poesía, que si no es social, responde a la nueva cultura americana, que aparece con fuerza personalísima en los respectivos países que se incorporan a una cultura particular y necesaria, en todas las ramas de actividades del pensar humano.

Los pueblos indoamericanos ya tenemos la suficiente madurez para pensar con nuestra cabeza, y revitalizarnos, hoy más que nunca, cuando las otras civilizaciones sufren los impactos a que su misma

caducidad las ha empujado.

Todo escritor que se quede estacionado, y menosprecie la dinámica de la historia, irremediablemente perecerá en el cataclismo de los que no presienten ni se ponen a tono con las transformaciones que se operan en las sociedades.

Dichosamente en esta hora de confusión los pueblos indoamericanos han vuelto sus ojos hacia sus campos de desarrollo y dan pasos a crear la cultura que nos ha de regir, de acuerdo con las relaciones de la vida interna de estos países.

Si en el campo de la poesía tenemos valores legítimos, en lo que se refiere a la colectividad de países, Costa Rica, en lo particular, posee valio-

sos hombres de pensamiento. En la poesía está la no bien ponderada Eunice Odio, Antillón, Isaac Felipe Azofeifa, Carlos Luis Fallas, Vicente Sáenz y José Figueres, que en la poesía novela sociológica y política corresponden al alba de una nueva cultura, que de conformidad con las condiciones internas de las respectivas nacionalidades emiten su diagnóstico para actuar de conformidad con la certeza que él nos señala.

Hoy que hemos comenzado a trabajar en lo nuestro y estamos abandonando los fosilizados patrones, debemos poner toda la entereza posible, para trabajar decidida y entusiastamente, en la creación sólida del destino de estos países, "donde las civilizaciones futuras hablarán en castellano

en la cumbre de los Andes" como afirma el historiador nicaragüense, Sofonías Salvatierra.

Si los intelectuales no nos enfilamos hacia donde marcha la historia, y continuamos de espaldas a nuestro porvenir, será fatal. De la actitud que asumamos cada uno en su respectivo campo de acción, depende que salvemos nuestra cultura, la revitalicemos, la pongamos al día con el cambiar de los conceptos de la sociedad y las características que nacen en la incontenible dinámica de los pueblos. Poetas y escritores deben descubrir el contenido esencial de Indoeamérica, y darlo a conocer, como lo está haciendo Ana Antillón.

San José, Costa Rica,
18 de julio de 1958.

Rescate

A don Emilio Perrin, al cumplir el vigésimo aniversario de fundado "El Noticiero".

Por Salvador Jiménez Canossa

Si hombre, si lo que les cuento es para que no lo olviden; ustedes muy orondos se la pasan sin pensar en lo que viene.

—Mire padrino, le digo lo que viene?

—Decí Charico.

—Pos lo que viene ñor Lencho, es la lluvia y si nos mojamos nos vamos a fregar con el riuma.

Los hombres con el machete en la mano regresaban de la esmatona del potrero; sonrieron, miraron al cielo y, apretaron el paso.

—En verdá ñor Lencho, agregó Charico, apuremos el paso que ya está puesta el agua y termine de contarnos la historia.

—Pos vean: Rascate llegó

un día al pueblo, quién sabe de dónde. Llegó muy temprano, yéndose a oír misa inmediatamente. El Padre Chico —como lo llamábamos— lo miró tan compungido que a la salida de la misa le hizo señas de que aguardara. Conversó un rato, luego agarraron para la casa cural 'onde se quedaron.

Al día siguiente que'ra domingo, las campanas llamaron con vigor desacostumbrado a misa. Y bueno, nos vamos encontrando conque estrenábamos sacristán y monaguillo a la vez.

Pronto el sacristán hizo amistad con todo el pueblo, porque resultó más metido q' una grupa y esto que tenía una fregada maña de estarse rescando una pierna.

Un día se pescó una novia: la Mariquilla, hija del finao

Teodosio. ¿Se recuerdan? Se veía con ella en el río, so pretexto de llevarle la ropa para que se la lavaran, y le echaba piropos. Lueguito apretaron las visitas en la casa, ¡y de noche! La Mariquilla empezó a lucir zapatos nuevos y aretes y cotonas.

—Claro (interrumpe Toño Sandí), tenía más hacer a destajo.

—Callate, dejá que termine mi padrino el cuento.

—Bueno, bueno, no te alterés.

—El Padre todo lo miraba callao, igual que los olopopos. La gente se iba poniendo maliciosa y casi no daban limosnas; en balde en los sermones se les pedía que ayudaran.

Como nunca falta un caviroso, mala lengua que se con-

fiese y aquí que un día empezaron a echar billetes de a peso —que no sonaban— y dále, que Rascate como estaba ennoviao, cuando caiban cuatro riales él sacaba seis.

El padre Francisco Rollo, que en paz descansa, ya tenía el abejón en el buche y Rascate tenía su pajita y un miedito como el del gato al agua. Ya lo iban a llamar a cuentas y ahí nomasito le sacarían el gatuperio; de nada le valdría ensartar un amén tras otro amén, que no alcanzaría el Edén.

Serían las del alba, porque ya rompían las gallerías, cuando Rascate, como le puso el Padre Chico, porque era muy bromista, se tiró a la calle en busca de nuevas tierras.

El Padre enfermo, la Mariquilla durmiendo, mejor ocasión no se le presentaba. Un saco vacío de harina con los cuatro chuicas adentro, abre la ventana, brinca... ¡Jue mi alma! unos gritos igual que las campanas terminaron de despertar al pueblo. El Padre Chico con una verga de toro retorcida en la mano le sacudía el polvo a Rascate a más y mejor.

Una carcajada puso final al cuento y las primeras gotas de lluvia se desfloraron en el polvoriento pastizal.

San José, C. R.,

Agosto de 1958.

Uno trae un balde y el otro un cordel ancho y fuerte. Caminan sigilosamente, tratando de hacer el menor ruido posible; en la oscuridad, don Rosendo no puede ver sus caras, pero las vacas parecen conocerlos y, aunque algunas se levantan perezosamente, ninguna huye, como lo hacen cuando llega un forastero o un enemigo.

—Hijos de... —dice don Rosendo, y le suena bien decir esas palabras.

Los dos hombres ya han maniatado a "La Perla" y uno de ellos pone el balde bajo sus anchas ubres y se dispone a ordeñarla. Don Rosendo le

vanta el rifle y apunta.

Podría, perfectamente, matarlos. Tiene la puntería y el deseo de hacerlo. La luna sigue brillando y para los ojos acostumbrados a la oscuridad del campesino los dos hombres constituyen un blanco fácil, como romper, con un palo largo, figuras de barro. El índice de don Rosendo toca nerviosamente el gatillo de su arma mientras piensa, "son unos desgraciados; no merecen vivir...".

Pero algo lo detiene en el último instante. Siente, repentinamente, una extraña piedad, como la que podría sentir un padre justo por un hijo

descarriado. Y mueve un poco el cañón del rifle...

En la noche dormida y sin ruidos, suena de pronto un disparo. Su sonido seco y profundo produce ecos en la distancia y estremecimientos en todos los seres vivientes de los alrededores.

El ordeñador ha soltado el balde, agujereado por el disparo. Su rostro, iluminado por la luna, se ha puesto muy pálido, como las caras de los muertos o de los niños enfermos.

Y corren por el potrero las sombras de los dos merodeadores, los sombreros perdidos

en el viento nocturno, y las faldas de sus camisas flotando detrás de ellos como banderas. Los persiguen uno, dos disparos, pero son tiros que van para el cielo, como si un cazador estuviera tratando de bajar estrellas.

Don Rosendo, después de todo, se ha reído. "Tamaño susto se han llevado esos... mantudos", se dice a sí mismo, sintiéndose otra vez en paz con todo el mundo. "Ya no volverán... y me han dejado un balde con un hueco".

Mientras tanto "La Perla" lo mira tristemente, esperando que llegue, con sus manos diestras, a soltar el cordel q' aprisiona sus patas traseras.

Los pasos de la vecina

(DIARIO DE UN PATIO DE VECINDAD)

Por Arturo Echeverría Loria

Cuando el día está como hoy, húmedo y triste, lluvioso y el cielo del Anháuac es de cristal todo empañado, los recuerdos, como olas o duras rocas golpean en mi memoria. Cosas de la juventud, desde ellas he remontado la vida hasta llegar a mi primer viaje, ya hace mucho tiempo; a los días de colegio, a esos venturosos días frente a un mar inquieto, allá lejos, en una bahía perdida en el Golfo de México. La bahía de San Luis. He escrito sobre esas cosas esta prosa del recuerdo.

LA CASA EN LA BAHIA

La Casa miraba al mar. Mar variable, transparente, de profundidades azules como el cielo despejado y de cristal. Cada vez que recuerdo su extraña quietud, mis ojos lo contemplan y mi oído lo percibe con su música de espumas y las velas pesqueras perdidas en la extensa soledad, como alas de pájaros gigantes que se hubieren desplomado buscando otro cielo.

No sé si fue ayer. El tiempo junto al mar no tiene presente ni pasado. Se vuelve como el agua o como la nube, intensamente profundo, dominante y trágico como un amor sin esperanza. Como los restos de una barca desmantelada.

Lo que importa es el silencio. El hondo silencio de aguas que rodeaba la casa. La casa siempre húmeda de sal. El aire cambia y al anochece, una sombra encubre fantasmal. En la ventana de mi

cuarto, la que fuera atalaya en mi sueño de vigia, la luz penetra haciendo dibujos de oro junto con la brisa salobre con sabor a puertos lejanos.

No hay tiempo presente, pasado ni futuro. No hay más que sueño y vigilia, y recuerdos frente al mar. Eso no se olvida. Lo llevaré conmigo siempre. Mi imaginación sigue en la cabina del barco pirata. Entre naufragios y barcas sin nombre y tabernas oscuras y cargadas de alcohol y tabaco.

Siempre estoy en la playa acantilada que enmarcaba la ventana de mi cuarto.

La casa... talvez ha cam-

biado. No sé. Hace tanto tiempo. Y el viejo negro Moisés que sintió los grilletes esclavos y cantaba las canciones del Sur? Y las voces angustiadas de los negros entonando al salir las sombras sus "spirituals"? Todavía hoy en el recuerdo, junto al césped, las escucho entre la oscuridad. Los negros rodeados de sombras a la luz de una vela. Voces quejosas. Angustiadas. De plegaria y de grito se arrastraban por la arena. Buscaban el mar. Plegarias atormentadas y sangrantes a un dios negro bajo un cielo negro. Me apartaba de todos para irme a su encuentro. En las noches las veía bajar bus-

cando el agua. Por eso digo que el tiempo no tiene importancia. Estas voces eran las mismas voces del corazón negro en las montañas sin nombre. Las canciones Spirituals llegaban a los oídos de Dios cuando tocaban al agua.

Las he oído. Nada importa dónde ni cuándo. En el verano, junto al grillo. En la noche, frente al mar. En la soledad de una bahía del Golfo de México. Pero el tiempo no tiene importancia. Es como la nube o el mar,

En las noches lunadas y calurosas se poblaba el aire de voces. Venían de todas partes con el viento. La campana de la Iglesia del convento formaba su cruz de sonidos en el aire. Las calles poco frecuentadas por los hombres, recibían el paso de un pescador que regresaba con su pesca y su red. En la playa, entre la arena duerme una pequeña embarcación. La cruz del muelle de viejas maderas reposa sobre el agua. Me he sentado en uno de sus brazos. Lanzo el anzuelo al agua. Espero. Se encienden los peces en sus aguas. Pareciera que fuesen pedacitos de estrellas caídas. Pasa la noche. Pasa esta noche entre muchas noches. Con el anzuelo he tirado al mar mi imaginación. Sigo sentado en el madero viejo del brazo de la cruz del muelle. A las primeras nubes blancas me levanto. No he pescado. No he hecho otra cosa que contemplar el mar. Adormilado en el sueño. Contra la roca golpea su cuerno de espuma. Su sonora claridad llega con el día. El pueblo vuelve a vivir. Su "Main Street", el corazón igual en todos los pueblos de los Estados Unidos, late con el mismo ritmo en Alaska que en la frontera con México. Se abre el banco y la soda fountain y el restaurante huele a "ham and eggs". Pasa un respetable banquero, un churchman y un borracho. Un viejo negro perezosamente se duerme en el marco de una puerta. Un agente de artículos domésticos despierta a una dama de casa.

Han pasado muchos años. La casa miraba al mar. El

LA POESIA ETERNA

A UNA DAMA MUY BELLA VESTIDA DE LUTO

SU luto era la alfombra de una llama,
oh nardo entre la noche, oh Mona Lisa.
Al Viernes Santo que era su sonrisa,
brotó el recuerdo como flor en rama.

La ví como quien ángeles exclama,
como quien suelta alondras a la brisa;
bella, gentil, recóndita y sumisa,
tenía algo de luna y de retama.

La admiración, rindiéndole homenaje,
hecha silencio murmuraba un rezo.
Y resaltaban, en aquel paisaje

o antiguo medallón tácito al beso,
su blanca tez, lo negro de su traje,
y amor, amor entre los ojos preso.

ALFREDO CARDONA PEÑA.

México, D. F., 26 Agosto de 1958.

José Martí

Por Proteo

Todo en él fue candor. Desde que vio la luz, sus pañales fueron los pliegues de una alborada homérica. De niño fue grande y de grande fue niño. Sus ojos profundos, que la vida no pudo enturbiar nunca, eran pozos de aurora abiertos a los horizontes de la Historia. Su nacimiento tiene origen telúrico: un día pasó un escalofrío por el espinazo de los Andes y de aquella conmoción brotó su alma sublime. De aquel tremor se descolgaron torrentes arrolladores que terminaron concretándose en su palabra luminosa y armoniosa. De aquel estremecimiento surgieron cumbres que dieron el nivel de su pensamiento y aquellas cumbres atrajeron el rayo que encendió en oro su corazón.

Martí es la figura americana por excelencia. No tuvo ninguna de las limitaciones de otros libertadores de estas patrias. Como el venezolano, sintió en su espíritu el destino de toda América, pues la independencia de Cuba no era sino un episodio más en el desenvolvimiento de nuestra historia. Y, como Bolívar, puso pasión americana en su obra

ciclópea. Pero en Martí hay algo superior: él no fue un militar; en el sentido directo de la palabra, sino muchísimo más, porque rara vez se da un genio tan grande de la organización. De la nada creó la revolución y de ella hizo salir, entre esperanzas y desalientos, una de las repúblicas americanas en que el sentido de la democracia es de lo más firme, a pesar de los pesares.

Dijo: "Ante la majestad del derecho el abuso ceja, como ruin galancete ante el enojo de una dama púdica". Y así dio contenido espiritual a las instituciones. De haber vivido hasta alcanzar la coronación de su obra, jamás habría aceptado ser caudillo del tipo hispanoamericano, porque siempre sintió horror, por convicción ideológica y por sentido histórico, al caudillismo, como el peor de nuestros males. Es bien conocida su actitud respecto a Máximo Gómez y Antonio Maceo, cuando los grandes jefes de la Guerra de los Diez Años se reunieron en Nueva York en 1884. El militar dominicano y el idealista cubano se conocieron personalmente entonces y se

midieron. Gómez, con su elevada estatura de jefe y de guerrillero; Martí, desde su cumbre de pensador y de animador de una causa aparentemente perdida. Las diferencias entre ambos líderes, el adalid de arrogancia heroica y el apóstol apenas salido del cascarón, ponían una insalvable dificultad, no sólo por motivos de los planes que Martí creía irrealizables, sino por su horror al caudillismo. Fue cuando Martí tuvo esta exclamación que, rodando en las épocas, llegará hasta el fin del mundo: "Es mejor dejarse morir de las heridas que permitir que las vea el enemigo".

Con todo, después de la emboscada de Dos Ríos, en que el Apóstol deja la vida terrenal, Máximo Gómez queda como jefe. Pero ya Martí había impuesto su pensamiento civilista a la revolución y es bajo ese pensamiento que Gómez, Maceo, Crombet y los demás héroes anónimos continúan la lucha por la independencia de Cuba, con la convicción de los poseídos y la naturalidad de los inspirados, como si en sus cráneos fueran sonando aquellas palabras de Martí cuando

en sus mocedades comenzó el trabajo de organización en Nueva York: "El deber tiene que ser cumplido sencilla y naturalmente", pues para él el deber era obligación civil y la guerra mero episodio doloroso en el cual no quedaba otra alternativa que "levantar casa sobre los cadáveres calientes".

Hay un rasgo, una anécdota de su vida que da idea cabal de su visión americana en cuanto al destino político de estas patrias, y es durante su estada en Venezuela, donde se sintió más solo, pero sabiendo ya qué quería y con el dominio absoluto de la palabra. La cuna de Bolívar le inspiraba optimismo y ya llevaba en su mochila tres experiencias de su América: conocía los E. E. U. U., México y Guatemala, donde para siempre lo hirió el amor. En Venezuela mandaba Guzmán Blanco, quien se hacía llamar "ilustre americano", obcecado con la manía de querer vestir de frac a un pueblo de campesinos, como todos los nuestros, en cuya conciencia rudimentaria todavía resonaban las arengas del Libertador y aún repercutían sus hazañas. El maniático Guzmán Blanco—¿cuándo esta pobre América dejará de estar en manos de maniáticos?— inauguró la estatua de Miguel Peña y Martí escribió un hermoso artículo en el que, para su mal, no mencionó al pintoresco dictador. Fue en aquellas líneas donde apareció su célebre frase: "Honrar honra", y por la cual tuvo que huir de Venezuela.

Jorge Mañach, aludiendo a la permanencia del Apóstol en la tierra de Bolívar, donde tuvo el primer contacto con el auténtico gobernante hispanoamericano del siglo XIX—los déspotas del nuestro son mucho más trágicos y som-

tiempo junto al mar es de agua y de espuma. Nada importa que corra. No se siente llegar ni irse. Es el viento salado. Es la misma vela que se esconde cuando el mar vuelca sus olas sobre las nubes y el cielo en el horizonte.

De todo, esto es lo que queda, y por eso lo digo en estas palabras: no se puede estar solo, se está con los recuerdos.

En la calle se huye de ellos, se despoja uno de todo para crear, para acumular lo que en la soledad, forja las frases, las modela, las hace expresar sentimientos y pasiones. Veo una iglesia perdiendo sus torrecillas en el aire. Oigo el grito del vendedor ambulante. El ropavejero pasa junto a mi ventana. Ya casi no tengo ropa que venderle, pero me queda alguna que otra prenda inservible: unos zapatos rotos,

un saco, un chaleco...

Lentamente sube el ropavejero las escaleras, ve y calcula. Ni un cinco más ni uno menos, un peso es todo lo que puede dar. El viejo nunca se equivoca.

Mi saco, por una de esas casualidades que el saber popular pinta calvas, lo vi elegantemente vistiendo la pobreza de otro, en un autobús.

Posiblemente lo compró en el mercado de la Lagunilla o en Tepito. Lugares de miseria, oscuros y sórdidos.

Qué hará la vecina en estos días? No he vuelto a oír sus pasos. Su ventana sigue cerrada. Las flores en el tiesto pintado de rojo, sobre la reja se marchitan. Sigo en mi imaginación haciendo reales sus pasos perdidos en el momento de recordarla.

en fina ironía pasional para elevarse y en pleno vértigo, quedar temblando en la peineteta de carey...

Es que país de América que no luce aunque sea una parte de sangre india, es país sin color y aún diríamos casi desteñido, ya que tan necesarios le son los arrestos criollos que han florecido en los Bolívars, los Sucre, los Chocanos y los Daríos. Pareciera que un núcleo genuinamente europeo en América, estaría como desconectado de la realidad histórico-cierta realizaciones que exigen ligarse con el espíritu, a la herencia ancestral.

Pienso que Costa Rica habría quedado incompleta en el decurso de su Historia, sin la anexión del Guanacaste. Ella ha sido su alegría contagiosa, su reseda criolla y sus huelenoches costeros que le perfumarán por siempre la vida. Gracias al destino que trajo hacia nosotros los cartagos, esa tierra, era raza y esa flor para que cantemos juntos y por siempre, el himno inmortal.

Liberia, 25 de julio de 1958.

El aporte lírico que el Guanacaste trajo a Costa Rica en su anexión

Por Aníbal RENI

La casi ausencia del indio y el predominio de la raza blanca en aquella parte de Costa Rica que aún no incluía al Guanacaste, dio por modo categórico una experiencia étnica que se manifestaba en todas sus formas de expresión, españolizada. En sus penas, en sus alegrías, en sus enojos se exteriorizaba con una énfasis y un léxico puramente españoles tal y como lo harían pueblos de la Madre España. Así su ironía y su donaire eran del más puro abolengo español del siglo dieciséis. La topografía accidentada de horizontes estrechos, brumosos y fríos, engendró esa modalidad que tan a las mil maravillas cantara nuestro poeta Aquileo Echeverría en sus concherías inmortales. Recelosos, austeros, íntegros y a veces hasta solemnes, cuajaron la fisonomía patriarcal que conformara la patria que empezaba a perfilarse. Troquel señero de virtudes y de valores cívicos que tan en alto han puesto en la Historia el nombre de la República.

Por razones de orden histórico y de necesidades geográficas, vino la anexión del Gua-

nacaste a Costa Rica. Porción del istmo de fuerte mestizaje y por lo mismo poseedora de todos los secretos y de todas las fuerzas vivas de su ambiente, hubo de inyectarle a la parte cartaga, su fuerza étnica manifiesta en su donaire criollísimo resultante de sus llanos inmensos, de sus crepúsculos, de sus florecencias y de sus aromas. La planta hombre que se desarrolló sobre la tradición india e influenciada en su convivio con el conquistador en aspectos de trabajo y de holgorio, dio el milagro de una experiencia racial de tal vitalidad lírica, ofreciendo a la Costa Rica de la cultura un gran aporte folklórico que no había conocido antes. De extensiones interminas, extensos litorales marinos, haciendas y vacadas, caballerías y fieras y peligros constantes de aguajes y de tormentas. Entre una variedad de fauna y flora que suele transformar cada primavera en un jardín, no podía por menos el guanacasteco que perfilarse lírico y romántico en toda la extensión de la palabra. Sus marimbas de abolengo mayense, las onomatopéyas de su floresta y otras mil tonalidades pampas die-

ron nacimiento a su música tal como es: a ratos alegre, a ratos triste y siempre bullanguera y quejumbrosa con saudades de jotas lejanas, le dieron ese perfil inconfundible que en el arte, le ha hecho tanto bien a Costa Rica. Esa inyección de vida nueva fue la vinculación del costarricense a sus hermanos de América. De allí la alegría que despiertan los sonos guanacastecos y especialmente su Punto, en el cual los brazos al aire se enarcan y las caderas se mecen; en la bomba que estalla

CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora

Chimalpopoca 34

bríos—, dice en su hermoso libro sobre Martí: "Su destino se ha operado con precisión y economía geométricas. Lo ha llevado a conocer tres países del continente: uno al Norte, otro al Centro, otro al Sur... A lo largo de esta triple experiencia, su sentido de la realidad americana se ha ido redondeando. México lo inició en la fraternidad continental;

Guatemala le enseñó los valores primitivos, la tradición, el paisaje, el hombre natural; en Venezuela, con el contraste de su pasado y su presente, ha encontrado, al fin, toda la dimensión trágica de América". También en Venezuela escribió los cristalinos versos a Ismaelillo.

Poeta, y más que poeta, va-

te, por su visión del porvenir; estadista, libertador. Grande entre los más grandes y niño entre los más niños. Su vida tiene el sabor de una leyenda azul, en que una tarde triste el viento contrario dobla un cándido lirio cuya sangre, como la de Urano, al salpicar la espuma hace nacer a Afrogenia. Como en el bello mito de Dionysos, su tirso, al golpear

las rocas, hace brotar agua cristalina, leche y miel; y, al tocar las entrañas de la Historia, hace nacer la libertad. Bendito sea su recuerdo eterno, especialmente en esta hora negra en que la tiranía parece perpetuarse en varios predios de esta América, su América.

Gabriela Mistral

Toda su poesía es el testimonio de una noche de lucha con el arcángel

Por Mariano Picón Salas

Comparar a Gabriela con Santa Teresa resulta demasiado fácil ya que las dos trabajaron en el idioma como en una vasta tela familiar donde la fuerza de la expresión y el animoso impulso interior supera todo remilgo, y ambas también han llamado a Dios con insistencia desde el fondo de una feminidad tan concreta que contiene simultáneamente la pasión y la ternura, el combate y el arrobó. Pero mientras que el Dios de Santa Teresa se recrea en el orden del mundo como un buen labrador ante su cosecha, el de Gabriela está sentido con profunda angustia y ella le dispara, alternativamente, sus flechas de hondera indígena y sus imprecaciones del Antiguo Testamento. El paralelo, por otra parte, tocaría los límites de la herejía porque Teresa es una santa y en cuanto a Gabriela ignoramos que lo sea o quiera serlo y porque, además, ambas son expresiones de dos épocas antitéticas que sólo superficialmente podrían parangonarse. Teresa vive en una época de "fundaciones", de fe ardiente, cuando aún es posible erigir para la alta caballería de Dios "moradas" o castillos roqueros espirituales, mientras que Gabriela expresa más bien la imagen de un mundo de "desolación". Es demasiado mujer, demasiado fuerte y altiva para doblegarse y toda su poesía es el testimonio de una noche de lucha con el Arcángel. No quiere llorar y la poesía se le hace nudo, y más que el lirio blanco o azul de la lírica amorosa —la "Vita Nuova", Petrarca, Garcilaso— prieta en las manos su cardo que la desuella y casi prefiere el sudor y la sangre a las venidas lágrimas.

Se destacó de inmediato porque, en realidad, su canto no tenía semejanza con el de ninguna otra poetisa de lengua española. No se parecía a la Avellaneda, esa especie de Reina de Saba de las Antillas, toda pedrería, toda fulgor ro-

mántico, ni tampoco a la íntima y dulce Rosalía de Castro. Era también distinta a sus grandes contemporáneas hispanoamericanas la Agostini, la Storni, la Ibarbourou. Aunque partía como un epígono del movimiento modernista, se deshizo pronto de esas ataduras demasiado floridas del Modernismo y canta con voz trágica, de color sordo, que prefiere el obscuro treno a la

clara melodía. Angustia y expresión más que decoración prevalecen en su arte, y el afán de veracidad la conduce saltando por sobre todos los virtuosismos contemporáneos a la poesía de los profetas. Se tiende en las metáforas bíblicas como Ruth en el campo de trigo de Booz o como Judith en la tienda guerrera de Holofernes:

**Ruth moabita a espigar va en las eras,
porque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en los predios divinos.**

**El sol caldeó su espalda acuchillada,
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla
y la fatiga le rinde el costado.**

La palabra más que adorno pasa a ser en ella —como en ningún otro poeta hispánico contemporáneo, si exceptuamos a Unamuno— símbolo o rito religioso. No quiere ser elegante ni refinada y se le siente tocar la tierra y acercarse con sus duros y sencillos zapatos de maestra rural. Flores humildes; paisaje de tierra seca que provoca la sed y donde la dulzura —como en las chumberas— viene envuelta en espinas; árboles achicharrados por el polvo y el sol

de verano pero donde todavía subsiste un nido; landas de Patagonia donde mueren en helada desolación los últimos mares del mundo; mujeres mestizas que arrastran su cansada gravidez, son un poco el tema y el paisaje de su poesía. Y aquella como niña frustrada y aquella como maternidad de las mujeres que no tuvieron hijos y vuelven con nostalgia a su perdido paraíso de rondas, de arrullos de cuna, de aro y danza infantil:

**¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orilla del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.**

**¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar,
¿Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo cantar!**

Pero otra Gabriela está imponiendo, a la vez, en esta civilización que quiere hacerse

cómoda y olvidadiza, la permanente vigencia de la tragedia:

**No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!
No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso para en morir!**

Históricamente Gabriela encarna una hora de revelación de la mujer hispanoamericana. Ella no es ya la princesa neurótica del peor decadentismo, ni aquella alma borrosa y sumisa, serafín que apenas roza la tierra, de la falsa idealización romántica.

Le ha dado al trabajo humano, a la mujer labriega, la mujer madre o la mujer maestra, aquella cuyas manos se agrietaron y cuya frente se arrugó en la fatiga y fidelidad de su tarea, una dignidad y un ennoblecimiento que es como el signo moral de su poesía. El alma mestiza de América en contradictorio sedimento de esperanza y melancolía, de cansancio y espanto cósmico, de soledad y de rebelión, canta en ella con la desnudez y desgarramiento de un arte incisivo, a veces roto, siempre ávido de llegar a la más hendida raíz del dolor y la angustia. Como insistente "leit-motiv", más allá de la pena íntima, su poesía expresa también la pena colectiva. Gabriela es indo-americana como una roca de los Andes o un palmar del Caribe; le sopla siempre este viento de inquietud social, de ansia de crecer y sobrevivir, que es el clamor de nuestros dispersos pueblos de la América española. Su poesía es, entonces, no sólo canción sino conciencia racial. Lleva siempre consigo una preocupada maternidad de pueblos. Y le dejamos que hable y ore por nosotros, por nuestras tierras y nuestras gentes, porque es entre las mujeres de América la que merece mejor su nombre de Sibila.

(De "Crisis, Cambio Tradición.—Ensayos sobre la forma de nuestra cultura").



Los Problemas de la Cultura Latinoamericana

Por Jorge Zalamea

Para un europeo, el hecho de que los países latinoamericanos se hallen en un territorio continental común, que tengan el mismo origen histórico, profesen una misma religión y hablen una misma lengua, —puede parecer la prueba decisiva de la existencia de una cultura latinoamericana: es decir, de una expresión homogénea de la materia histórica y de los elementos dinámicos que mueven a ese grupo de países hacia la realización de un destino particular.

Pero si se examinan más de cerca y con mayor detalle los antecedentes y las características de cada uno de esos países, se advertirá de inmediato cuán superficial es la imagen de un continente homogéneo.

Examinemos algunos ejemplos:

El europeo —que nunca se ha preocupado excesivamente por estudiar a fondo las cuestiones latinoamericanas—, piensa en la invaluable ventaja que para estos países se deriva del hecho de hablar una lengua común: el español. Es ésta una verdad relativa, pues sobre una población total aproximada de 175.000.000, 55 de ellos hablan no español sino portugués y en países en que la lengua oficial es el español—como en México, Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay— existen vastos sectores de la población que hablan exclusivamente en quéchua, guaraní y una veintena más de lenguas indígenas. Puede darse el caso, por ejemplo, de que un terrateniente guatemalteco de lengua española, tenga que co-

nocer dos o tres dialectos indígenas regionales—derivados del maya, pongamos por caso— para entenderse con los peones de su latifundio. Digamos, finalmente, que el español que se habla en estos países, con excepción del Brasil, ofrece notables diferencias de su estado actual. El español que se habla en países de escasa inmigración, como Colombia, es muy diferente del que se habla en la Argentina, país en el que la inmigración en masa de italianos, alemanes, polacos, israelitas, etc., ha servido de laboratorio para la formación, si no de otra lengua, al menos de un vocabulario marginal o superpuesto al castellano.

Diferencias más considerables todavía se presentan en lo concerniente al origen histórico de los países latinoamericanos. Se cree que ese origen es homogéneo por ser el resultado del encuentro y mezcla de las razas ibéricas conquistadoras con las razas aborígenes americanas.

Es ésta otra presunción relativa. Pues si los españoles y portugueses que conquistaron a América tenían un mismo nivel cultural en la época del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, las razas americanas avasalladas se hallaban en muy diferentes etapas de desarrollo cultural. De tal manera que el encuentro o, por mejor decirlo, choque de las dos culturas tuvo diferentes intensidades y diferentes resultados.

El español que se encuentra con las culturas mexicanas—azteca, tolteca o maya—tiene que seguir una política distin-

ta a la de sus compatriotas que se enfrentan a los caribes o a los araucanos. En el primer caso hallan pueblos altamente desarrollados en las ciencias, en la organización social y, principalmente, en las artes. Pueblos a los que su mismo desarrollo cultural hace más susceptibles de llegar a un compromiso —por transitorio y precario que sea— con la cultura extranjera que posee una técnica guerrera más avanzada. En el segundo caso, los españoles se encuentran con un pueblo guerrero —el caribe— que se halla en un período triunfal de conquista, pero que carece de sólidas bases culturales. El compromiso no es posible entonces y el choque se resuelve en el exterminio del Caribe. En los araucanos, el sentimiento nacional—también sin fundamentos culturales evolucionados— reemplaza al impulso conquistador del Caribe y tiene un resultado final semejante: la casi total exterminación del pueblo araucano por las superiores armas españolas.

Aparentemente, el pueblo inca ofrece menor resistencia al conquistador español que el mexicano. Pero cinco siglos después de la conquista, es evidente que el indio peruano se halla más distante de la civilización europea que el indio mexicano. Y ese distanciamiento no es sólo el resultado de una menor actividad para incorporarlo a esa civilización, sino que tiene elementos vitales de negación, de resistencia pasiva y de rencor. Esta observación es igualmente válida para los indígenas del Sur de Colombia y para los indios

ecuatorianos y bolivianos, todos los cuales fueron por otra parte, tributarios del imperio incaico.

Otro ejemplo de estas fundamentales diferencias: el conquistador español que llega al territorio que hoy es Colombia, domina fácilmente a los chibchas en el centro, extermina a los caribes en el Norte y acepta la aparente servidumbre de los pastos en el Sur. Su conquista es un simple paseo militar; porque en todo ese vasto territorio no parece encontrar un núcleo cultural importante, sino más o menos numerosas tribus dedicadas a la agricultura y a un comercio primitivo bajo la protección benévola de divinidades tan inmediatas y evidentes como el sol, la luna y las aguas. Solamente a finales del siglo XIX comienza a descubrirse que en aquel territorio se habían desarrollado culturas tan complejas como la agustiniana o tan refinadas como la quimbaya.

Y hay todavía las regiones americanas que forman hoy el Brasil y la Argentina, en donde los conquistadores portugueses y españoles sólo encontraron formaciones tribales del tiempo más primitivo.

De modo, pues, que el común origen histórico de los países de la América Latina no pasa de ser un supuesto superficial, que podrá apreciarse en toda su trivialidad en cuanto se examinen los resultados obtenidos en cada caso por el encuentro, choque y mezcla final de las culturas ibéricas y americanas, resultados de los cuales se deriva el hecho actual.

Acontecimientos posteriores a la conquista ibérica, crearán nuevas y fundamentales diferencias entre los pueblos latinoamericanos que se consideran homogéneos. El primero de esos acontecimientos, es la importación en masa de esclavos negros al continente americano. Esa importación no afecta igualmente a todas las colonias pues por única concesión humanitaria a mano de obra tan barata, se la dirige hacia las regiones americanas cuyo clima garantizaría una mejor y más prolongada explotación del esclavo africano. La concentración

negra se produce, pues, en las islas y costas del Caribe, en la región meridional del Brasil y de una manera más general, en los países tropicales. En la cultura actual de esas regiones existe hoy un elemento especial, de gran valor en muchos casos, que no podría encontrarse en la cultura de los pueblos sureños, como la Argentina, Uruguay o Chile, que no recibieron la inmigración forzada del esclavo ni, en consecuencia, el aporte cultural africano.

El otro hecho determinante de nuestras diferencias, es la corriente migratoria que, en el curso de los últimos cien años, ha trasladado de Europa y Asia a la América Latina millones de españoles, italianos, alemanes, polacos, checos, lituanos, israelitas, libaneses, turcos, japoneses y chinos, para sólo citar a los más numerosos. Tampoco esta inmigración afectó en el mismo grado a todos nuestros países. En tanto que el Brasil, la Argentina y Chile recibían una masa de inmigración suficiente para condicionar el desarrollo de su cultura, a Ecuador, Colombia o Venezuela sólo llegaron unos cuantos millares de inmigrantes que fueron asimilados sin mayores consecuencias de fondo.

Es posible que la numeración somera de estos hechos y de estas diferencias, permita ya a un europeo considerar con más atención el problema de la "cultura latinoamericana". Pero acaso ese más serio examen le sería facilitado por la presentación, también somera, de algunos ejemplos característicos.

Por tener un conocimiento más directo de ellos, yo propondría a mis lectores detenernos un poco en los casos de México, la Argentina y Colombia que, por muchos aspectos, pueden ser típicos.

La cultura mexicana actual encuentra su más perfecta, vigorosa y original expresión en las artes plásticas: escultura, arquitectura y pintura. Un estilo propio, un contenido nacional y un alcance universal confieren a estas artes mexicanas una categoría de primer orden en el campo de la cultura mundial.

Pero esta floración no se

produjo fácilmente ni fue obra del azar. Pues, como es lógico dentro del espíritu de la conquista guerrera, la primera tarea que el español se propuso en México fue reemplazar la cultura indígena por la propia, comenzando, desde luego, por la religión y sus manifestaciones exteriores. Sobre los templos aztecas era preciso edificar iglesias católicas que, por razones rituales, políticas y económicas, exigían una arquitectura, una escultura, una pintura y una ornamentación diferentes a las que practicaban magistralmente los artistas indígenas. Los monumentos nacionales son destruidos o sepultados como precaución política. Se cambia el estilo de la vivienda, de los tejidos, de la cerámica...

En los millares de templos católicos que surgen entonces sobre todo el territorio mexicano, los artistas indígenas trabajan en cosa ajena a su auténtico espíritu y a su concepto de la belleza. Pero el amor que llevan en su sangre por las cosas bellas, les mueve a ejecutar obras portentosas en el estilo extranjero. Al que, naturalmente, aportan en cuanto les es posible elementos propios, que van ganando terreno subrepticamente hasta desembocar en estilos barrocos y platerescos que son ya más mexicanos que españoles. Pero todavía el artista nacional se siente avasallado o, por lo menos, incómodo en su mestizaje cultural.

Por su parte, la pintura docta sigue las pautas de la escuela española; pero, al margen de las academias, existe una pintura popular, anónima, que va desarrollando impetuosamente sus caracteres propios y que, a finales del siglo XIX, cuenta ya con obras maestras, siempre anónimas, de las que son ejemplo las decoraciones murales exteriores de las pulquerías (1). Es por entonces cuando surge el primer artista genial de la escuela mexicana: el grabador José Guadalupe Posada, cuya macabra y feroz inventiva se pondrá al servicio de las reivindicaciones populares, anunciando vigorosamente la revolución de 1910.

Esta revolución mixtificada

luego, por decir lo menos, produce un fruto particularmente sávido: la moderna escuela de pintura mexicana.

Los artistas mexicanos, no importa cuál fuera su formación estética —Diego Rivera fue, con Bracque, uno de los precursores del cubismo— comprenden que su arte es inseparable de la revolución popular. Y se hacen entonces, en formas muy diversas, los cronistas de esa revolución. Al narrarla en grandes frescos murales, saben que tienen como espectadores y como crítico al propio protagonista de la historia. Su narración pictórica deberá hacerse, pues en el lenguaje del pueblo. Pero de qué pueblo? Del pueblo que creó los monumentos de Chichenitza, de Palenque, de Monte Albán, de Teotihuacán. El fresco se prolonga entonces. No es sólo ya la revolución contemporánea la que debe ser narrada por los artistas sino la historia toda del pueblo mexicano. Un gigantesco círculo se cierra entonces: por sobre los cuatro siglos de dominación de una cultura extranjera, reaparece la cultura indígena, invencida y grávida ya de nuevas maravillas. Basta citar como pruebas a este respecto los frescos de Diego Rivera y el edificio de la biblioteca de la Ciudad Universitaria de México, obra genial en la que resplandecen todos los valores plásticos de una tradición indomable.

En la cultura del resto de los países latinoamericanos no existe ningún movimiento comparable, ni en su extensión, ni en su profundidad, ni en su belleza, a esta floración de las artes plásticas mexicanas.

Pero debe anotarse, igualmente, que en sus otros aspectos: literario, musical, científico, la cultura mexicana se halla en retraso con respecto a las artes plásticas.

Veamos ahora lo que aconteció en Colombia.

Su caso es radicalmente distinto al de México. Como se dijo ya, el conquistador español no encontró en el territorio que hoy es Colombia ninguna cultura indígena que, por el grado de su desarrollo, pudiera competir con la extranjera o siquiera mezclarse a ella en un mestizaje en que los aportes mutuos guardasen

alguna proporción.

La cultura invasora halla, pues, el campo libre. Y como no tiene que competir con las artes, ni la ciencia, ni la religión de los pueblos avasallados, no realiza grandes cosas en tales terrenos limitándose a bautizar a los indígenas y a explotarlos a su mejor conveniencia.

El conquistador de estos territorios, Don Gonzalo Jiménez de Quesada, era licenciado en leyes y hombre de letras. Y entre los dos centenares de hombres que lo acompañaron en su fácil conquista, figuraba un clérigo llamado Juan de Castellanos, quien escribió en décimas reales un gigantesco poema en que relata toda la empresa, con gran lujo de detalles. La poesía es mediocre, pero el documento es precioso.

Cito estos detalles para indicar cómo, desde su más remoto origen, la que pudiéramos llamar cultura colombiana se dirigió preferentemente hacia las formas literarias y jurídicas.

Pero como en el mestizo formado por la mezcla de las razas aborígenes y la española, no había un contrapeso cultural indígena, su expresión literaria sólo fue un eco de la voz española. La poesía mística de Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, se repite en las obras de la monja Castillo y el mejor discípulo que tuvo nunca Góngora nació en Colombia y no en España. Más tarde, los Enciclopedistas franceses fueron los maestros de los precursores de nuestra independencia nacional. Bolívar se inspiró en Rousseau y en Raynal. Cuando la independencia se obtiene y se forman los partidos políticos—siglo XIX— los conservadores son ultramontanos y los liberales siguen la escuela de Manchester. La clase dirigente, en vez de hallar en el pueblo los elementos de una cultura nacional, arrastra como un pesado lastre el analfabetismo de las masas, de las que se desentienden en todo lo que no sea su explotación económica. Y se aferra cada vez más a las formas culturales europeas.

En la segunda mitad del siglo XIX, la influencia cultural española cede terreno a la inglesa y francesa, que aparecen simultáneamente con el

mayor desarrollo del comercio con esas naciones y con la inversión de sus capitales en la incipiente explotación económica de las riquezas nacionales colombianas. (En el siglo XX se efectuará una nueva traslación del centro cultural, perdiendo Europa el terreno que ganan los Estados Unidos, cuya influencia en las formas de vida irá creciendo cuanto mayor sea su intervención en la economía colombiana).

Así, pues, a finales del siglo XIX los políticos liberales se britanizan y los literatos se afrancesan. La clase rectora parece esperar que llegue el correo de ultramar para definir sus programas políticos, el rumbo de sus negocios, la moda de sus mujeres, la decoración de sus casas, el estilo de sus discursos, la forma de su poesía. Sin exageración ha podido decirse que el intelectual colombiano era un europeo desterrado en el trópico.

Entretanto, lentamente, van apareciendo los restos de importantes civilizaciones indígenas.

En las "guacas" (tumbas de los indios quimbayas) se descubren insólitos tesoros de orfebrería: collares, brazaletes, pectorales, anillos, alfileres, vasijas, pájaros y batracios de oro puro, trabajados en todos los estilos y por todos los sistemas: relieve, bajorrelieve, talla seca, laminado, martillado... La inventiva en las formas y en el decorado y la perfección del trabajo, harían empalidecer de envidia a los mejores joyeros de París. Estos tesoros, que no tienen par en el mundo, se dispersan por largos años en colecciones particulares o van a enriquecer ciertos museos europeos, como el Arqueológico de Madrid. Hace algunos años, el Banco de la República se propuso sistemáticamente adquirir las colecciones particulares, llegando finalmente a formar el "Museo de Oro", que constituye hoy la que acaso sea la más rica, bella y extraña colección de orfebrería antigua que existe en el mundo.

Paralelamente, en otra región de Colombia se inicia el descubrimiento de una más importante y original cultura indígena: en una meseta de

Los Andes, situada en el Departamento del Huila, al Sur de Colombia, se descubre un pueblo de estatuas. Estatuas talladas directamente en piedra. Estatuas que llegan a tener hasta tres metros de altura y que representan un pueblo y una mitología que hasta ahora no han sido identificados ni descifrados. Son varios centenares de estatuas y se supone razonablemente que la prosecución de las excavaciones puede hacer que su número se cifre en millares.

En torno a las estatuas sepultadas, no hay rastro alguno de templos ni de habitaciones humanas. Y en la meseta en que se halla este gigantesco oratorio, no existe tampoco la piedra en que varias generaciones de escultores tallaron la imagen de su pueblo y de sus dioses...

El mestizo colombiano, europeoizado primero y norteamericanizado luego, no ha asimilado aún las culturas quimbaya y agustiniana. Para él, son simples curiosidades arqueológicas que no podrían influir ya vitalmente su espíritu.

Como puede apreciarse, las bases culturales de México y Colombia son muy distintas e incluso podría decirse que son contrapuestas. Veamos ahora el caso argentino.

Tampoco encontraron los españoles en los territorios que hoy forman la Argentina ninguna cultura indígena desarrollada. El volumen mismo de las poblaciones, nativas, era considerablemente más reducido que en Colombia. De manera que no solamente no hubo lucha ni mezcla de culturas, sino que el mestizaje biológico fue menos importante que en el caso de Colombia, en donde el 75% de la población actual es homogéneamente mestiza, en tanto que en la población argentina actual es desdeñable el porcentaje de sangre aborigen.

El episodio de la conquista bélica no tuvo, pues, la importancia que revistió en México e, incluso, en Colombia. En la Argentina, puede decirse que el español fue colono desde el primer momento. Disperso en un territorio varias veces más grande que el de la patria nativa, el espa-

ñol, a solas consigo mismo y en lucha con la pampa desconocida, se fue transformando en "criollo".

Cuando el sol de la independencia despierta a los pueblos latinoamericanos y los lleva a la guerra contra España, en México es el indígena quien dirige y hace la guerra: en Colombia es el criollo quien la dirige y el indígena quien la hace: en la Argentina no es una raza avasallada la que la lucha por su independencia sino el colono español mismo que se rebela contra la metrópoli. Se trata, pues, en este caso de una simple guerra civil que enfrenta los españoles emigrados a las autoridades que representan al Gobierno español metropolitano.

En los periodos subsiguientes a la independencia, la cultura de las ciudades es, como en Colombia, un eco de la cultura europea. Pero en la inmensidad de la pampa, el criollo puro va adquiriendo caracteres cada vez más propios y creando formas de vida y de expresión peculiares que lo van acercando a la creación de una cultura original.

Pero entretanto sobrevienen las inmigraciones en masa. Millones de europeos llegan a la Argentina, concentrándose de preferencia en las ciudades, pero llegando también en poderosas oleadas a los inmensos campos en los que el criollo se sentía ya único señor y dueño.

Bajo el impacto de esta invasión pacífica, se acentúa el carácter europeizante de la cultura en las capas dirigentes. Hoy mismo, se da el caso de que uno de los escritores más eminentes de la Argentina, Victoria Ocampo, escriba originalmente sus obras en francés. Y otro escritor argentino de renombre mundial, Jorge Luis Borges, busca su inspiración en los más recónditos libros orientales o en las más ocultas fuentes de la cultura occidental.

Pero el criollo no se ha dado por vencido.

Para dar vívidamente la imagen de la lucha secreta que se libra en el seno de la inteligencia argentina, quiero citar una anécdota de la vida de otro gran escritor de ese

país, Ezequiel Martínez Estrada. Este poeta, como la enorme mayoría de sus colegas, sólo tenía ojos para mirar a Europa. Hasta tal punto que hizo un viaje a Italia con el objeto exclusivo de buscar en los archivos las fuentes ignoradas de "El Orlando Furioso".

Algún tiempo después, de regreso ya en su patria, Martínez Estrada se encontró con Horacio Quiroga, admirable escritor que se había hecho intérprete en sus obras de la vida criolla, de la auténtica vida nacional.

Quiroga hizo ver a Martínez Estrada cuán extravagante y absurdo era el hecho de que un escritor argentino dedicase su tiempo y su inteligencia a desenmarañar abstractos problemas de erudición europea, cuando aún estaban por formular y estudiar todos los problemas de la propia nacionalidad en formación. Martínez Estrada, quien personalmente me relató este episodio de su vida, aceptó la lección de Quiroga y comenzó a estudiar a su propio pueblo hasta llegar a capacitarse para escribir uno de los mejores libros de la literatura latinoamericana contemporánea: "La Radiografía de la Pampa".

He presentado, en forzosa síntesis, los casos de México, Colombia y la Argentina para mostrar cuán relativa es la opinión de que los pueblos latinoamericanos son homogéneos en su origen histórico y su desarrollo cultural. Quiero insistir en que sólo he presentado, —por razones de espacio—, un esquema. Es claro que hay muchos otros factores de importancia e infinidad de matices que no podría analizar aquí sin ocupar la totalidad de las páginas de la Revista.

Con estas notas, sólo he pretendido llamar la atención del lector hacia la complejidad de la llamada cultura latinoamericana. Lo he hecho así, pues sin estos antecedentes se correría el riesgo de caer en generalizaciones que inducirían fatalmente en error a quienes no estén íntimamente familiarizados con

Brújula Quieta

Qué es de Paco Zúñiga y de los proyectos de la Universidad? No se volvió a saber nada de la marcha de los proyectos artísticos de la U. Qué es de Paco Zúñiga? Nos gustaría saber la suerte que han corrido los concursos que se iban a hacer para conseguir la cooperación de escultores, pintores y forjadores de hierro en los proyectos de orna-

Manuel Picado Chacón es un ser múltiple que va por los distintos senderos de la vida con los pies sobre la tierra y la frente metida en las estrellas. Tiene siempre abierta su oficina de microbiólogo, esculcando en lo infinitamente pequeño, y va por esas calles de Dios oyendo la música de las esferas. Es escultor, pintor, poeta, fuera de varios títulos universitarios. Y todo lo

**En el mar el camino es una hebra de iris,
al borrarlo las ondas lo borramos del alma;
en el mar el camino es un hilo que enlaza,
nos quedamos atados a la tierra lejana.**

Esta preciosa estrofa, a pesar de la mala puntuación, es apenas una muestra de las maravillas que encierra este bello poema. Picado Chacón, al escribir sus versos, lo hace desde las regiones elíseas del sueño. Le gusta divagar y mezcla cierta técnica musical

**La cruz de los caminos son nuestros propios brazos:
allí crucificamos lo que quisimos ser;
al morir nos parece que ya resucitamos
redimiendo el ensueño de volver a nacer.**

mentación artística de la U. Sería imperdonable que no se les diera a estas cosas la importancia que tienen, ya que ello no solamente significa un paso definitivo en el embellecimiento de la U. sino que, sobre todas las cosas, lo que tiene de grandioso: la oportunidad que se les dará a nuestros artistas para hacer un trabajo de mérito.

lleva con dignidad y, sobre todo, con ejemplar talento.

Henos aquí acabando de releer su **Sinfonía del Camino**, poema magnífico, a pesar de sus defectos técnicos, pues en unos cuatro versos se le fue la medida. Pero, en conjunto, es todo un poema, lleno de música, de pensamiento y de sonrisas luminosas, como la del alba naciente.

con el andamiaje del poema. Así, lo divide en **Adagio, Andante, Allegro, Scherzo y Rondó**. El título, al menos la palabra **Sinfonía**, lo pone dentro de un pentagrama. Tal vez para ilusionar. Pero lo cierto es que resulta bonita la fantasía.

No tenemos tiempo ni salud para analizar como quisiéramos y debiéramos este magnífico poema. Es tan hermoso, que lo quisiéramos perfecto. ¡Ah, si Picado Chacón fuera un poco más cuidadoso! ¡Se perdería de vista! ¡**And how!**, como dicen los gringos.

Alfredo Sancho Colombari, es el poeta q' obtuvo en los últimos juegos florales de Quezaltenango, un tercer premio de poesía con su obra: "Credo de Amor para Lucinda". Sancho Colombari, colaborador de esta Revista, es además un escritor teatral que tiene varias obras escritas y muchas de ellas ya representadas en Costa Rica.

Es Alfredo Sancho, hombre de inquietudes, indagador de la forma nueva, de penetrante inteligencia y un poeta de finas intuiciones. Nos alegramos por él y por la cultura de nuestra patria.

Jorge Gallardo es valiente, a veces temerario en el trazo de sus dibujos de actitudes de ballet. Aquí y en México, su lápiz ha captado la fragilidad de la danza, su misterioso camino en el arte, su fragmentarse en el tiempo, con la dureza de la roca o la fineza de una pluma.

El dibujo es lo misterioso de la pintura; en las artes plásticas, tiene un puesto entre lo demoníaco, es el alma en la línea, es lo íntimo que se hace forma.

Con estos dibujos Gallardo muestra su camino de trabajo y pensamiento; su hacer responde íntegramente a su condición de artista preocupado por la expresión original, su deshacer el alma en su trabajo, a su condición de hombre íntegro y honrado, cuya preocupación primaria es la de ofrendarse en el arte; ya sea en el dibujo vigoroso; en el interpretativo retrato; o en el apunte, que como estos que él exhibe de su trabajo en México y esta patria, relatan la honda preocupación humana de este artista que lucha por superarse.

Son instante de danza. Objetos que se plasman en el papel, con toda la belleza que tiene el movimiento. Es el paso que forma el arabesco de la bailarina que quiere hacerse nube; el gesto vigorosamente interpretado del danzante que quiere robarse el fuego junto a Prometeo. Es en fin, la danza, su interpretación, su condición íntima y personal realizada por el lápiz de Gallardo en un apunte rápido, emotivo y humano.

Se llevó a cabo el primer acto previsto de los festejos patrios de Costa Rica, con la inauguración de la Exposición del Grabado Argentino, en el Teatro Nacional, con asistencia de la Excm. Señora doña Olga de Echandi, Presidenta Honoraria de la Comisión Patrocinadora, del Reverendo Padre Madina, organizador de la Ciudad de los Niños y una numerosa y calificada concurrencia.

Hizo uso de la palabra inaugurando la Exposición el Excelentísimo Sr. Embajador de Argentina, don Anacleto Llosa, quien destacó el significado del acto en su aspecto artístico y de confraternidad costarricense-argentina, ofreciendo luego el uso de la palabra al profesor don Francisco Amighetti, quien hizo una clara exposición sobre el arte del grabado como técnica y expresión artística, siendo su

las cuestiones latinoamericanas.

He mostrado solamente las diferencias que existen en el desenvolvimiento cultural de algunos de los países de la América Latina. Pero debo

agregar que existe también una serie de elementos dinámicos que concurren a crear una cultura latinoamericana. Esos elementos, cuya potencialidad es todavía desconocida pero que han dado ya

pruebas de un gran vigor, se encuentran enfrentados actualmente a una serie de obstáculos provenientes de presiones exteriores.

Se han iniciado, pues, una nueva y decisiva etapa en la

formación y expresión de la cultura latinoamericana.

(1) Expendios de pulque, bebida fuertemente alcohólica, producida con la destilación de la pulpa del maguey.

exposición recibida con sumo agrado por los oyentes.

El Embajador de Argentina y señoras miembros de la Comisión patrocinadora aclararon que se pondrán precios fijos a todas las obras, las que podrán ser adquiridas en cualquier momento por los interesados.

Del importe obtenido se deducirá el valor fijado por los autores —reducido a efectos de cooperar con la obra de beneficencia— y el excedente se adjudica a la Ciudad de los Niños.

Palabras del Excmo. Sr. Embajador de Argentina, pronunciadas en la inauguración de la exposición de la "Estampa Argentina".

Distinguidas señoras y señores:

Nos congrega en este sencillo acto una doble inquietud espiritual: una calificada expresión artística que se exhibe en estas salas y una noble aspiración de bien común; de contribuir con esos valores del arte a la mejor atención de una fundamental función social: la asistencia del niño a través de esa institución ideal que organiza el Padre Madina: La Ciudad de los Niños.

La República Argentina rinde su mejor homenaje a este hermano país, trayendo por mi intermedio el aporte de sus artistas; el aporte de aquellos argentinos que viven substancialmente de las cosas del espíritu para consolidar con su obra la fuerza espiritual de este pueblo.

Es un honor para mí ser trasmisor del mensaje que este acto encierra.

Como expresión artística, tengo la satisfacción de ofrecer en los cincuenta grabados enviados por la Sociedad Argentina de Artistas Grabadores de otros tantos distintos autores, que responden a las más variadas técnicas y tendencias, una muestra del nivel alcanzado por el arte del grabado en Argentina.

Para completar este cuadro, se presenta una obra de particular valor técnico y artístico, consagrada por la crítica mundial por la fuerza y autenticidad con que traduce

la realidad de un hermoso poema clásico en las letras americanas: el "Martín Fierro". Las 43 ilustraciones de Bellocq que se exponen, a las que se agregan algunas de "La Guerra Gaucha" integran un conjunto homogéneo, hermoso exponente de la fecunda obra de su autor.

Agradezco al Excelentísimo señor Presidente Echandi y a su distinguida señora el apoyo prestado a esta obra; a la señora Estela Quesada, Ministra de Educación, que ha dado todas las facilidades para cumplirla, a las señoras de los Excmos. señores Vicepresidentes de la Nación y señoras miembros del Poder Ejecutivo, a todas las señoras que nos han honrado con su patrocinio; a los artistas locales que han recibido el mensaje de sus hermanos argentinos con calor de afecto; a la prensa local y a las radioemisoras que nos han estimulado con su apoyo.

Primer libro de poesías, el de Altamirano, no obstante cultivarla desde hace tiempo. "Funeral de un Sueño" es el título. Poesía serena, sencilla, donde se trasluce inquietud apenas perceptible cuando se ausenta el olvido. Altamirano piensa en el olvido y recuerda la esperanza. Temática de lucha y soledad del hombre contra sí mismo, en cauce hacia el amor, y en apacible fuerza que cubre atardeceres e nla voz inasible del silencio: "y el ojo anochecido recoge su destello de algún ténue relámpago que pasa eternizado".

El libro guarda cierta unidad que permite destacar al poeta Altamirano de concepción fácil y cuidadoso estudio. Más imagen que metáfora. Más sombra que color. Su poesía llega sin necesidad de forzar el ámbito del sueño. No hay destino posible por donde escapar a la pregunta. La circunstancia, el tiempo, el movimiento son pasajes de un ser que sintetiza Altamirano por sus contrarios, y en ellos el Verbo, cúmulo, a veces también deja la palidez dormida de un anhelo, decir: "Tal vez la piedra y su silencio amargo".

Vallejo en el primer poema,

luego Alberti, tal vez Cernuda, aparecen de lejos, en vaguedad de encuentro, pero Altamirano camina después con intuición propia y horizonte responsable.

No encontramos, sin que esto implique censura, novedad formal. El poeta encuentra espacio suficiente en su concepción directa, tomando como puntos de relieve el amor y la muerte. No hay proporción a favor de inclinaciones metafísicas o de otra índole, cuidándose Altamirano de mostrarnos en su poesía lo que aprecia como esencial para la versatilidad de sus ideas. No podríamos precisar los límites entre poesía y filosofía, en un apunte tan breve, tomando al hombre como objeto de su creación. Altamirano

prefiere, no obstante la paridad de sus líneas, inclinarse por el detalle literario antes que filosófico. En su temática soslaya el círculo tremendo del signo para resolverse por la realidad perenne de lo inmediato. Si dijéramos que falta profundidad a su poesía, tendríamos que interrogarnos los estadios de esa profundidad y hasta dónde el poeta considera necesarios los giros cerebrales en función directa de resoluciones que a priori están vedados al campo poético. Creemos que Altamirano ha encontrado su punto cardinal y que ensanchará cada vez más su creación artística ya que nos da respaldo para juzgar su valer como nuevo joven poeta costarricense.

Mario Picado U.



Medicinas,

Productos químicos,

Perfumes y cosméticos.

BOTICA MARIANO JIMENEZ

EN LA AVENIDA CENTRAL

BOTICA ELIAS JIMENEZ

LA DOLOROSA

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal".

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer de frute de PILSEN la cerveza delicada y sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de beber PILSEN... la cerveza que alegra las veces.

